Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI | San José, Costa Rica **1930** Sábado 26 de Julio | Núm. 4

Año XI. No. 500

SUMARIO

Acerca del reino espiritual de España

=Dos conferencias abreviadas de Keyserling. De *El Sol*. Madrid=



Keyserling

Caricatura de *Bagaria*

Voy a tratar—comenzó diciendo—del problema del orden de vida emocional enfrente del de la vida racional. Yo, naturalmente, soy un hombre del Norte, creo en un orden racional de vida, en un sistema de objetividades. En América del Sur encontré sujeto a lo emotivo el ritmo esencial de la vida. Eso había de interesarme sobre manera. Porque además tenía que adaptarme a una vida de pura improvisación, donde lo racional contaba muy en último término. Aquello no era, en realidad, nada extraordinario, con ser tan profundo; he visto que lo extraordinario, lo contranatural, iba conmigo, hombre europeo. Si bien se mira, la vida en sí no ha sido nunca racional, sino emocional, aunque nosotros nos hayamos acostumbrado a una concepción diferente. Vivir una vida tan radicalmente opuesta al raciocinio representaría, al parecer, un gran desorden; pero si todo está sujeto a las fuerzas originales de lo humano, es indudable que esto creará también un orden, acaso distinto, pero un orden en último término.

La vida suramericana se polariza sobre estas dos realidades afectivas: parentesco y amistad, o sea: amor y simpatía. Cuando un occidental europeo reprochaba a unos indios antropófagos su salvajismo, ellos contestaban: «¡Como los que devoramos no son parientes!...»

La amistad y el parentesco forman por lo tanto los vínculos más fuertes de la vida humana, y no cabe duda que el acento suramericano descansa en esas vinculaciones. No en un orden racional y objetivo, aunque aquellos hombres se expresen por conceptos racionales. Lo más duradero en relación con la organización humana es el matrimonio, porque el matrimonio supone el principio de compatibilidad. Si dos seres son compatibles podrán caminar con desembarazo; lo grave es cuando no lo son. No sabemos si Adán y Eva eran compatibles; quizás no, porque entonces sobraba la tercería de la serpiente. Y seguramente lo que acontece desde entonces al género humano es por esa falta de compatibilidad. Esta base es superior a la que se mantiene por razones externas; tiene sus leyes propias y forma un orden admirable y fecundo.

El orden racional supone continuidad; el emocional, discontinuidad. Porque las emociones son finitas, momentáneas; pero cuando todo el mundo vive en discontinuidad existe indudablemente una fuerza. Se habla de la poligamia del hombre y de la monogamia de la mujer. Esto es muy discutible; pero lo que parece comprobado es que lo racional predomina en el hombre, y por lo tanto sus facultades de representación, de imaginismo, le permiten amar a varias mujeres. Cuando la emoción se impone y lo racional desaparece, entonces la misma discontinuidad de lo afectivo ayuda a resolver el conflicto. Por lo mismo, el orden primario y natural es el más sincero, cuanto más si se tiene en cuenta que corresponde al espíritu de la tierra.

Claro que el orden emocional carece de libertad; es decir, de disciplina para la acción. Allí, en Suramérica, nadie sabe lo que quiere ni nadie manda imperativamente si no es el caudillo. Es un mundo de pasividades y de patetismo. Sólo cuando hay una explosión instintiva, que no es la voluntad lenta y firme, se da el hecho contrario. Por ejemplo, una revolución, que no es la actividad social persistente. Un ejemplo: una dama argentina cuenta cómo en un campo de *tennis* se quiere encargar a un muchacho de que recoja las pelotas. El muchacho contesta: «No puedo». «¿Por qué?» «Porque no me da la gana.»

Este aspecto que se pudiera llamar negativo de un mundo estático, nos trae una promesa de una nueva modalidad de cultura: la cultura arraigada en la tierra. ¿Cuál será este ideal cultural? Un discípulo de Keyserling tenía una prodigiosa capacidad para el ensueño. Keyserling consultó con

---

Glosas lejanas

El Conde Herman Keyserling, en el Teatro de la Princesa.

(*Envío del autor*)

Me prometía entrevistar a Keyserling—esto de la entrevista en los periodistas es una monomanía—; pero desistí después de oírle en el Teatro de la Princesa, por aquí por los Madriles, en este dulce y fragante despertar del mes de mayo. Físicamente el que iba a ser mi entrevistado es un mefistófeles calvo y muy, muy alto. Mide, sin duda, más de tres metros. Vestía, en su sonada conferencia, de levita, como los oradores oficiales en nuestros países. Y, por delante de él, a manera de una segunda levita, o de un mandil de madera, tenía un pupitre altísimo, una especie de escalera de dos bandas, sobre el que apoyaba sus larguísimos brazos. Habló por espacio de dos horas. Dos horas de charla instructiva y amena que, por el interés que tiene para nuestra América, vamos a intentar glosar en este artículo.

Principió hablando de las relaciones del hombre con la tierra, sometiendo a la consideración de los que le escuchábamos, uno de los fenómenos que en sus andanzas por el mundo había llamado poderosamente su atención. Fué a su llegada a los Estados Unidos donde comprendió la máxima importancia que tienen las relaciones del hombre con la tierra. El norteamericano es un hombre que está muy lejos de la tierra, elemento que en su vida por lo general cuenta poco, o mejor dicho, no cuenta para nada. En este divorcio, encuentra el ilustre filósofo, la explicación de la ninguna vida afectiva del norteamericano: de su falta de amor para la mujer, de la ausencia de la familia, allí donde la tierra ha sido sometida y se desarrolla una civilización mecánica

(*Pasa a la página 63.*)

Yung, el psicólogo suizo, preguntándole por qué él era incapaz de esa creación de ensueños. El psicólogo le contestó que para las mentes racionales no existe el ensueño; pero para las naturalezas emocionales eso supone un gran progreso interior porque se nutren de lo subconsciente. Las primeras culturas han sido emocionales. Así Grecia no es primero filosofía, sino arte y mitología. La cultura puede estar basada en los elementos primarios interiores por medio de la belleza. Y para la belleza hay que contar con el ser pasivo y patético. Primero, la belleza excluye la verdad. Suramérica tiene un ideal de belleza, y cuando la cultura se totalice con lo espiritual vendrá la cultura pasiva que necesitamos en medio de este mundo violento. Dentro de uno o dos siglos, por reacción contra los Estados Unidos, Suramérica tendrá el primer renacimiento de la cultura original y honda.

España es también un país emocional con expresión distinta. Aquí existe la misma orientación afectiva. La misma falta de voluntad en una integración de las fuerzas primeras, se acusa en el carácter español. La fuerza es sentir a la tierra para ser acatado por ella. Fracasado lo intelectual, es decir, la máquina; fracasada una cultura intelectualista para la cual la definición crea realidad, llega la deshumanización, porque se acentúa lo ético, lo postizo, lo antihumano. Esas cosas magníficas del liberalismo y del raciocinio representan lo unilateral en el hombre; es decir, la atadura del bien. Y el hombre es bien y mal, vida y muerte, afirmación y negación. Tenemos que salvarnos del bien, reintegrarnos a la vida emocional y unitaria con lo negativo y lo positivo. Ahora, España posee la materia prima, lo que más que humanidad se puede llamar *hombría.* La estirpe ibérica, el hombre, puede darnos las culturas estéticas a base siempre de la hombría.

Dijo que iba a hablar del reino espiritual de España tal como ha venido enunciándolo en sus lecciones anteriores. Hemos visto cómo hay un ámbito cultural ibérico fundado en el orden de vida emocional. Esto es una gran riqueza por sí mismo, porque actualmente se liquidan las ideas del siglo XVIII, puesto que todas las formas vitales son finitas. Veremos que no importa tanto la definición de una idea como la comprensión de una idea. La guerra mundial vino a decirnos que con aquellas ideas no se podía ir más allá. Llegamos al período material del mundo en que el hombre se apodera del cosmos con un gesto geológico. El animal hombre no ha sido nunca hasta ahora el de más poder de la creación; nunca ha sido el señor del universo, puesto que cualquier otro animal está libre de las fuerzas profundas e intrínsecas, de sentirse feliz o desgraciado. Norteamérica representa ese imperio de lo material geológico y la demostración de que el hombre va hacia la conquista de la creación en lo que tiene ésta de material y externo.

Pero esto es la muerte del alma y es preciso reaccionar contra ello. Existe una ley que se puede llamar de contrapunto histórico, porque como en la música, un movimiento se alterna con otro contrapuesto. Así el cristianismo contra el paganismo. La humanidad de la *hombría* que se inicia en lo ibérico sustituirá o puede sustituir a esa otra cultura de tipo mecánico. Pero para eso habrá que buscar la libertad. Porque la libertad es lo que orienta la historia y la iniciativa individual es lo importante para decidir las cosas. Si la naturaleza propone algo, al hombre corresponde cumplir esa promesa. Y la iniciativa individual proviene de la libertad espiritual. Ahí está la gran posibilidad histórica de España, donde la función del espíritu existe en potencia. Todo lo contrario que en Suramérica, en donde no se llegó todavía al matrimonio del espíritu y la raíz de la tierra.

Hay que pensar en las grandes épocas de la historia española, donde siempre se ha observado el predominio del sentimiento trágico de la vida. La vinculación de la tierra engendra la tragedia. Los griegos, por ejemplo, comprendieron la infinita tragedia de la vida humana. Véase la vida de Hércules y el final de la *Odisea*, donde Ulises no descansa al final en su hogar, sino que marcha de nuevo a pelear con el mito. Por eso la tragedia es la gran posibilidad, la cuerda tirante donde vive el sonido. Así en toda la historia de España, donde el sentimiento trágico se aprecia siempre, el mismo que Suramérica logrará algún día. Cuando llegue la espiritualización de América será ésta una zona del ámbito espiritual español, distinta, pero llena de grandes analogías.

La serpiente que quiere volar en el mito mejicano es la imagen de este impulso ibérico. Pero hay más.

La pasión española es una forma de su inacción. Así no hay la pasividad americana porque la fe y el sentido del honor son los grandes conceptos de la expresión española, donde la tradición de Roma dejó también el sentido de la amistad y su raíz emocional. Aquí, el último sentido de lo personal—el honor, por ejemplo—encarna la verdadera espiritualidad y vence la naturalidad.

No es cierto que Francia influya en lo ibérico. Ni siquiera en lo suramericano. Francia es el intelecto y la disciplina, valores contrarios a los puramente emocionales y humanos. Francia, si acaso, pone los polvos de arroz a la belleza ibérica. Como tampoco influye en lo ibérico la cultura alemana, aunque se traduzcan muchos libros. Porque la única influencia es la de ser a ser, y España sólo recibe influencias emocionales propias.

El reinado político de España no ha sido nunca imperialista ni económico. Si acaso, el de Carlos I. Es un dominio de orden distinto. Pudo decirse que el oro arruinó a España porque España no lo utilizó económicamente, sino de manera tan subjetiva y propia, que su mejor símbolo es el de los incas: oro para buscar el sol. Su poder era humano, antiguo, original. Así los virreyes podían decir, cuando el rey ordenaba algo de carácter político y práctico: «Obedezco, pero no ejecuto». No ha sido éste un Imperio de raíz política.

1830-1930

Santa Marta

A *Rufino Blanco Fombona.*

Ya triste está. Definitivamente
triste, como los otros redentores.
Cirros crepusculares en su frente,
zarpas de infames, besos de traidores.

Ya solo está. ¡Qué lejos del vidente
las muchedumbres que regaban flores!
Mira a sus pies, hipócrita y demente
la Colombia ideal de sus amores...

Y más ardido en ímpetus, más grande,
su creador espíritu se expande,
rojo sol tropical mientras declina...

Y sumido en visión de eternidades
incendia de proféticas verdades
el azul de la América Latina.

Gran Colombia

(Quise dedicar esto a algún prohombre de Venezuela, Colombia o Ecuador, actualmente heredero de la tradición bolivariana. Pero en vano repaso los nombres de tanto figurón político. El representativo de los ideales de independencia, libertad y unión... no se ve por ninguna parte).

¡Nación que al oro tropical espacias
tu esplendor de vitales plenitudes!

Atlante y Sur, con sus melenas lacias
y los Andes con sus excelsitudes
sustentan un fervor de democracias,
para vencer los árticos aludes
y repetir, con nuevas eficacias,
en un bronce de libres multitudes,
el abrazo armonioso de las Gracias
y la triada esencial de las Virtudes.

¡Unidas son más nobles y más bellas!

El Avila, el Tolima, el Chimborazo,
son titanes que atestan con su brazo
el pacto fraternal de estas doncellas.

La voz del genio las fundió de un trazo:
¡El sueño de Bolívar es el lazo
que les junta las frentes con estrellas!

Bolívar

A *Jacinto López.*

Libertador: estás dos veces muerto.
Cien veces muerto, en forma y en esencia.
Redentor, predicaste en el desierto.
Pensador, redimiste la inconsciencia.

Torpes zamuros rondan en tu huerto.
Voraces piaras hozan en tu herencia.
La Libertad, con el costado abierto.
Y manatiada ya, la Independencia.

Libertador: ya muerto y soterrado
en la infamia del hoy y del pasado.
Te arrastró nuestra estirpe en su zozobra.

¡Y estás vivo, en virtud y pensamiento!
Alto en tu voluntad. Solo en tu intento.
Más grande que tu raza y que tu obra!

Humberto Tejera

(*Envío del autor.*) México, 1930.

Y ahora nótese que España tiene una historia de multiplicidades, de variaciones, de pluralidades. No es España sino las Españas. El mundo vive para el colectivismo. Sólo hay posibilidad de creación en el choque, en el conflicto. Frente al colectivismo material de Norteamérica estará este colectivismo tradicional ibérico formado en la comunidad huhumana.

España tiene, pues, un gran destino. ¿Qué ha de hacer para cumplirlo? Tiene que volverse a su hecho diferencial, tener conciencia de él. Lo universal sólo tiene valor y expresión en la unicidad. La unicidad es lo natural y lo espiritual del mundo español. Hay que ir a su total espiritualización. Porque sólo en lo emocional no existe la libertad para su creación.

Vivimos una época de comprensión. Y la gran responsabilidad de España es que no debe vivir en círculos estrechos y que tiene que ser madre de la espiritualización americana. Todos y cada uno de los españoles, sobre todo los jóvenes, tienen que comprender la gran función que han de desempeñar en este principio de nueva cultura. Existiendo como existen los hombres abiertos y europeos, la tarea es fácil. Ahí está Ortega y Gasset, el mejor embajador de España, del espíritu de España en el ámbito americano. Ortega encarna todos los antiguos valores españoles y representa aquí la siembra de futuro. Así podrá formarse el reino espiritual de España. No el reino político, sino el reino del espíritu. Porque el espíritu es lo que importa.

Yubr (*)

=Del tomo *Cuentos frágiles*. Editorial Rubén Darío. Madrid=

Fue el capitán Heinrich von Foederer, de los famosos Húsares de la Muerte, quien propuso:

—¿Si fuéramos a hacerle una visita a mi amigo el conde Mizzca?...

A no más de dos kilómetros alzábase la pesada mole de la sombría mansión señorial, cuyas torrecillas, con agudos remates de hierro, apuñalaban la celeste bóveda gris. Detrás del castillo, muy atrás, el Prosna era una ancha cinta de acero, que pretendiera aprisionar en un gracioso movimiento de ondulaciones la lujuriosa cabellera de los bosques de Pleschen.

Y hacia allí nos pusimos en marcha. Empero, cuando ya habíamos ganado la mitad del tortuoso camino, alguien, deteniéndose por un instante, gruñó:

—¡Diablo!

—¿Qué decís, teniente Henkel?

—¡Diablo!—repitió éste—. Muy fatigado estoy; pero, en verdad, os digo que no me hace maldita la gracia el toparme ahora con ese oso blanco de la Siberia, después de sufrir, durante más de seis horas, las burlas de vuestros condenados lobos, capitán.

—Dijérase que aún no ha pasado el mal humor que os produjo la muerte de *Leal*.

—¡Mi pobre *Leal!*

—Yo también abrigo mis temores de no ser muy gratamente recibido por vuestro cosaco. ¡Vaya un tipo!—dijo el profesor Bieber, ex-procurador del Estado.

—¿Y eso por qué?

—¡Qué sé yo! Desde el misterioso asunto de la calle Kronprinz paréceme que no ha de mirarme con buenos ojos.

—¿Qué tuvo que hacer en ese asunto mi amigo?

—¡Dios y él lo saben!

—Si mal no recuerdo—observó mi compatriota Alvarez—, se habló mucho entonces del extraordinario parecido que existía entre la víctima y el conde.

—En efecto; las primeras diligencias pretendieron establecer que la persona asesinada era el castellano de Mizzca; pero este error fue debido, no sólo a aquella notable semejanza física, sino a las aviesas revelaciones de un mujik, que a poco desapareció sin dejar rastro alguno de su pícara persona.

—¿Y cuál fue el resultado del proceso?

—Sin duda, el de siempre—dijo Henkel—; "el muerto al hoyo y el vivo a la hogaza".

—Sí—añadió el profesor Bieber—, el crimen se hundió en el misterio, después que a duras penas logramos establecer la identidad de la víctima.

—¡Ah! ¿Quién era él?

—Otro ruso de la Lithuania, lo mismo que el conde Mizzca, y cuyo nombre era Mikhail Ogarev.

—¿Le conocía el conde?

—Aquel día del crimen había sido huésped del castillo; y por cierto que al despedirse tomó erradamente la capa del conde por la suya propia, constituyendo tal circunstancia otra de las raras coincidencias de ese maldito proceso.

—Pero no veo en nada de lo que me habéis referido, señor Profesor, motivo alguno que os haga pensar en un mal recibimiento por parte de mi amigo.

—Había olvidado deciros que sus respuestas en el proceso fueron tan secas y restringidas, que me vi obligado a pedir se procediera con él a un nuevo interrogatorio.

—¿Y fue entonces más explícito?

—En modo alguno; esta vez no quiso contestar sino con gruñidos.

—¿Con gruñidos?... ¿Podríais precisar, señor profesor, la fecha de ese nuevo interrogatorio?

—¿Cómo queréis que retenga en la memoria tal nimiedad?

—¿No sería, igual al de hoy, un día primero de mes?

—Quizá; ¿mas ello qué importa?

—Mucho, para quien conozca las costumbres del castillo Mizzca; y de fijo que a las seis de la tarde de ese mismo día, si hubierais visitado al conde, habríais salido encantado de su recibimiento, y para vuestras actuaciones judiciales hubierais adquirido todos los detalles que mi amigo conociera sobre el asunto.

—Perdonad, capitán; pero aquel día ni la Santa Inquisición habríale arrancado una palabra a vuestro gran señor ruso.

—¿Tenéis empeño en conocer aún esos detalles?

—¡Claro que sí! Pues aunque abandoné hace tiempo la carrera judicial, este crimen sigue siendo una de mis preocupaciones más tenaces, no obstante los cuatro años transcurridos desde su comisión.

—Pues bien, ya estamos a las puertas del castillo; entremos; pero he de rogaros de antemano el compromiso formal de perdonar a mi amigo todas sus incorrecciones y brusquedades hasta tanto no lleguemos, cuando menos, a su Oporto.

—¿Por qué tan extraña exigencia?

No hubo lugar a la contestación; delante de nosotros alzaba sus corpulentos hombros un cosaco de barba tan ondulante y procelosa como el Danubio. Sólo al reparar en el capitán Foederer modificó un tanto su ceñudo entrecejo.

—¡Hola! Dwinska, ¿está en casa el señor conde?

—Sí, señor capitán; pero...

—No está visible; ¿verdad, Dwinska?

—Verdad, señor capitán; no está visible.

—¿Nos ha sentido llegar?

—No, señor capitán.

—Y bien, Dwinska, ya lo veis; somos cinco extraviados cazadores muertos de fatiga, de hambre y de sed. ¿Desde cuándo el noble castillo de Mizzca da con sus puertas en las narices de quien pide un banco para descansar, una torta para su estómago vacío y una copita de *vodka para su garganta reseca?*

El cosaco parecía anonadado por la contrariedad, pues era visible su respeto por el capitán Foederer. Tras algunos minutos de sombrío silencio, refunfuñó:

—Sin embargo, peor fuera para todos que os dejara pasar... Hoy es primero de mes, señor capitán.

Este formuló entonces tres extrañas preguntas:

—¿Gim? ¿Whisky? ¿Straka?

El cosaco se inclinó, asintiendo con la cabeza ante la última interrogación, y dejó rodar por su barba una palabra que no entendí.

—¡Diablo!—exclamó Foederer retrocediendo instintivamente dos pasos—. ¡Diablo! Peligroso fuera dejarse ver en plena crisis de *k'ik*. Pero, de cualquier modo, necesario es que usted nos dé acogida siquiera sea en la planta baja del castillo. Llévenos a su madriguera, Dwinska.

El cosaco no se movió. En tanto, el profesor Bieber le devoraba con sus severos ojos de juez inquisidor.

—¡En marcha, Alexis Koniakov! ordenó entonces el capitán Foederer, con su voz ruda de mando.

El cosaco sufrió un estremecimiento como si aquel nombre evocara en sus recuerdos lo incontrastable; se inclinó hasta el suelo y nos abrió paso.

Si la sombría pieza a la cual se nos condujo, era una madriguera, a juzgar por sus adornos y mobiliarios bien podía considerársela la guarida de un capitán de bandoleros que no desdeñaba los placeres de Baco: sables, estoques y dagas de varias clases, pistolas, escopetas de caza, un mausser de largo alcance, y grillos, esposas, dos knuts, veíanse colgados de la pared en perfecto orden; contrastando con tales instrumentos de sangre y fuerza, erguidos y brillantes cuellos de canecas, ánforas y botellas de todos los vinos y todos los licores.

Dwinska puso sobre la mesa una bandeja con copas variadas; mas, cuando se disponía a servirnos, sonó un timbre en lo alto y tras sus vibraciones estalló un verdadero huracán de patadas contra el pavimento que nos servía de techo, y chocar de sillas que rodaban, y de cristales que se rompían con estrépito...

De un salto el cosaco se lanzó fuera de la pieza. Por nada del mundo hubiera yo aceptado su puesto en el recibimiento que se le hizo. Se escucharon voces de cólera y violentas interjecciones en dialecto eslavón; por último, un cruel chasquido rasgó el aire.

A poco volvió Dwinska. Sangriento verdugón cruzábale sien y mejilla; pero ni una sola palabra de protesta en los labios, ni un pliegue de disgusto en la frente. Aquel terrible latigazo era, sin duda, una costumbre ya.

Por el contrario, al tomar una botella de Oporto, entre el bigote y la barba se entreabrieron sus labios con una larga y bondadosa sonrisa, retuvo un guiño picaresco para el capitán Foederer, descorchó su botella y se alejó en un brinco.

Media hora después, que nosotros supimos apro-

(*) *Yubr*, especie de bisonte ruso.

vechar remojándonos las fauces con un rico Madera y Jerez de lo añejo, el cosaco estaba de vuelta.

Sin precipitación alguna esta vez—como si para él ya no existiera arriba el peligro del látigo—desalojó la mesa, que cubrió con blanco mantel y fina porcelana. Vinieron en seguida los fiambres más exquisitos del arte culinario ruso, cuya noble fama es bien conocida: lonjas de jamón cocido en azúcar, rica morcilla de faisán, anchoas de Dronstein, pastelillos de caviar, vol-au-vent de huevas de carpa, ánades silvestres a la Orloff, un delicioso pastel de codornices y dos asados de presa: venado y jabato; todo fuertemente salpimentado, como para hacer más imperativa e inextinguible la sed.

—Los señores están servidos—anunció Dwinska con la ceremoniosa formalidad de un consumado maestresala—. Diríase que este personaje había cambiado, dentro del mismo escenario y en pocos minutos, no sólo de maneras, sino también de semblante; al malhumorado y tosco cosaco del portal de entrada había sucedido en modales, acento de voz y cortesana expresión de fisonomía, un perfecto e inteligente mayordomo de casa noble y hospitalaria.

—Señores—dijo—, he aquí todo lo que puedo ofreceros de comer; en cuanto a bebidas, las bodegas de su excelencia están bien provistas, y sería una verdadera satisfacción para su excelencia saber que os habéis dignado pedir a este vuestro humilde servidor, cuanto se os antoje que no veáis en ese escaparate.

Después, dirigiéndose al capitán Foederer, le dijo misteriosamente.

—Dentro de dos horas.

—Está bien, Dwinska; mas, ahora, podéis retiraros a descansar; no os necesitamos.

El cosaco no se hizo repetir la despedida, sino que nos abandonó inmediatamente.

Nunca manada de lobos hambrientos se arrojó con tan famélico apetito sobre un opíparo festín de carne fresca, como nosotros sobre el que nos había preparado Dwinska. Durante más de una hora, sólo el diálogo chispeante de los rebosados cristales interrumpía, a veces, el apretado discurso de los cubiertos y la vajilla.

Fue Alvarez quien, mitigada ya el hambre, propuso:

—Brindo, señores, por nuestro amable y muy discreto anfitrión, a quien en otro día, sin duda más oportuno que el de hoy, hemos de significar nuestro agradecimiento.

—¿Y por qué no hoy mismo?

—Porque presumimos, capitán, que hoy mismo no pretenderéis llevarnos a su presencia—repuso Alvarez.

—Andáis equivocado, amigo mío, pues tan pronto hayamos terminado de pasar a cuchillo esta plaza que Dwinska nos rindiera a discreción, haremos anunciar al conde Mizzca el deseo que nos anima de presentarle nuestros respetos.

—Sin compromiso alguno por mi parte de soportarle con paciencia las groserías de su borrachera—afirmó el ex-procurador.

—¡Ah!, para entonces, os encontraréis, mi querido Profesor, en presencia del anfitrión más fino y agradable que pudierais desear.

—Explíquese usted, capitán—dije a mi vez, ardiendo de impaciencia por conocer las costumbres de aquella extraña mansión señorial.

El interpelado se sirvió de nuevo algunas anchoas, un pastelillo de caviar, dos lonjas de jabato, vació de un sorbo una copa de Chambertin y, entre bocado y bocado, comenzó:

—Ante todo, he de haceros saber que el primero de cada mes es día extraordinario en esta casa; hasta las seis de la tarde los criados se van de huelga, y solamente dos seres parecen habitar el castillo: el señor Conde Mizzca y su fiel mayordomo, ese incomparable Dwinska...

—¡Valiente bribón!—interrumpió el Profesor Bieber—. Que el Kaiser me haga colgar si este mismo cosaco no fue el mujik que en el asunto de la calle Komprinz desapareció inopinadamente dejándome burlado.

—Sí; desde el principio de vuestro relato así lo adiviné.

—Pero aquel perillán era completamente lampiño.

—Y éste se ha dejado crecer la barba.

—Era calvo.

—Y éste usa peluca y una gorra de piel que no se quita jamás.

—Pero, en fin, detalle negativo importantísimo: aquel individuo era más pequeño de talla.

—Y éste sabe contraer la suya hasta perder seis y ocho pulgadas. ¡Ah!, yo le conozco bien, pues durante la última primavera fui por dos meses huésped de este castillo y el conde lo dedicó a mi exclusivo servicio. Dwinska es todo un estuche de habilidades útiles, y para el conde Mizzca un mayordomo insustituible... Pero, continúo mi relato: Al amanecer, el conde se hace servir su desayuno, compuesto, regularmente, de huevas, pescado fresco, algún pastel de ave y estas excelentes anchoas de Dronstein que con tan fina y obsequiosa insinuación abren las ganas de beber, rociándolo todo con una copa de Pomard o de ese viejo Jurancon que tenéis por delante, señor Profesor. En seguida practica una hora de esgrima con Dwinska, que es una espada de primera fuerza, o sale de paseo. Hasta entonces, el conde es un ser normal, aunque un tanto silencioso, entregado, sin duda, a algún viejo recuerdo que se relaciona con aquella fecha mensual que ya conocéis. Pero si es su *día negro*, al abandonar la sala de armas, o al volver de su matinal recorrida, mi amigo pide Gim, malvado licor que tiene la mala cualidad de trastornarle su excelente educación; después se entrega al whisky, tórnase sombrío y brusco, y si voces articula, son gruñidos. Fue en tal hora cuando os dignasteis, mi querido Profesor, hacerle interrogar. Por suerte, no estaba aún en su *Straka*, que es ese añejo y endiablado aguardiente que tanto os ha gustado, Henkel, y que el conde Mizzca no prueba sino en su día negro de cada mes. Y aun así, ¡cuántos disgustos no le ha proporcionado! Sangrientos duelos con viejos camaradas; pleitos judiciales por maltrato a la servidumbre; enojosas querellas con sus vecinos terratenientes; y, entre todos, su disgusto de mayor tristeza, la pérdida de su perro *Yubr*, muerto de un tiro de pistola por su propia mano, y cuyo recuerdo será siempre como un hierro candente en sus entrañas Y lo peor es que el conde, al siguiente día, no recuerda nada de estos desgraciados incidentes, aunque alguno de ellos le obligue a comparecer en el campo del honor y frente a un viejo camarada... Mas, ¿qué veo, Alvarez; habéis terminado ya de almorzar? ¿No probaréis de aquel riquísimo pastel de codornices, ni de este magnífico pernil de venado? Es lástima que los españoles de hoy, en Europa y en América, se estén dejando aniquilar por el hambre. Vuestros antepasados, los fieros conquistadores de Flandes, tenían mucho más fuerte el estómago, y de ahí aquella superioridad de músculos y aquella fuerza en las garras con que apresaron los más vastos y ricos dominios del mundo, y pusieron a su constante servicio el carro del sol... Teniente Henkel, os recomiendo encarecidamente no abuséis del Straka.

—¡Bah!—respondió el aludido, y de un trago vació una copa del terrible aguardiente.

—A propósito de straka y otros nombres bárbaros—dijo entonces el capitán Foederer, para atraerle de nuevo a sus interesantes relatos del castillo Mizzca—, ¿queréis explicarnos, amigo mío, el significado de esa palabra *klik* que el cosaco os dijo en voz baja y que vos repetisteis por dos veces con la extraña emoción de un temor?

—Klik en ruso, quiere decir *aullar*, y Dwinska la emplea para significar la hora del paroxismo en el furor del conde. En tales momentos su exasperación no tiene sino dos géneros de expresión: los aullidos de una fiera que quiere lanzarse sobre su presa, y el *knut*, o sea ese cruel látigo que a vuestra espalda cuelga de la pared, y que poco ha tan sangrienta huella marcó en la faz de Dwinska. Teniente Henkel, os vuelvo a recomendar encarecidamente no toméis más straka.

—¡Bah!—repitió el aludido, y, como la vez anterior, de un sorbo vació su copa.

—Por fortuna—prosiguió Foederer—, el *klik* marca también el principio del desfallecimiento de mi amigo; Dwinska le sirve, luego, dos, tres, cuatro copas de Oporto, y el conde se rinde sobre la mesa. El fiel mayordomo transpórtalo en brazos a su alcoba, le da una fricción de agua de colonia, y hácele beber algunas gotas de no sé qué elixir, dejándole dormir. Una o dos horas después el conde se levanta ágil, fresco, rozagante, y entonces es el más perfecto *gentleman* y el más amable *causeur* que he conocido.

—Gracias, mi querido von Foederer—dijo desde la puerta una voz fuerte, pero tan bien timbrada, que sus vibraciones producían un encanto al oído—. ¿Se puede entrar?

—Adelante, conde.

Todos nos pusimos de pie, a excepción de Henkel, que al instante de hacerlo se desplomó en su silla.

—Perdonad, señores, me presente sin hacerme anunciar; pero ese pobre Dwinska está roncando en la antecámara, fatigado por sus faenas de hoy. Sin duda, mi buen amigo von Foederer os habrá detallado las costumbres de esta casa, y a sus verídicas explicaciones sólo me falta añadir que los camaradas del capitán Foederer me dispensan gran honor cuando se dignan estrechar mi mano y aceptar mi hospedaje.

Todos nos inclinamos ante aquella amable presentación, hecha con gracia incomparable por el hombre de más distinción que hasta entonces habíamos visto. El conde Mizzca podía ser señalado como uno de esos raros y fuertes ejemplares de belleza varonil que en cualquier salón de la más encumbrada aristocracia se conquistan con su sola presencia la simpatía y el respeto de los hombres y la admiración un tanto curiosa del elemento femenil. Era a la vez fino, ágil y vigoroso, y como el Hermes de Praxiteles tras la pureza de las líneas y la esbeltez de las formas, dejaba traslucir aquella fuerza y aquella energía interior que muy pocos seres poseen, mezcla feliz de voluntad y músculo, y que con tanta facilidad podrían someter a una turba en rebeldía como domeñar una fiera en furor.

El capitán Foederer hizo las presentaciones. Al llegar el Profesor Bierber, la frente del conde se contrajo en un esfuerzo de recordación, estrechó la mano del ex-procurador y díjole:

—He de agradecer muy especialmente a mi amigo von Foederer esta agradable sorpresa de ponerme en relaciones de amistad con persona de tan preclaros antecedentes, y a quien desde hace tiempo admiro por su vasta ilustración jurídica.

El Profesor hizo una profunda reverencia, tratando de ocultar en vano la íntima satisfacción que le causara aquel encendido elogio.

Pero cuando llegó el turno a Henkel se produjo un incidente:

—Hola, Mizzca; ¿por qué matasteis mi perro—dijo, agarrándole con torpe familiaridad por un hombro.

Las palabras del borracho causaron en el conde tan honda y súbita impresión, que por algunos segundos perdió toda continencia; tomóle el brazo, y doblándoselo como una débil caña, exclamó:

—¿De qué perro habláis?

—Diablo!, conde Mizzca, ¡soltadme! ¿De qué perro os he de hablar, sino de *Leal*, mi pobre

Un poeta de Guatemala

=De *El Sol*. Madrid.=

Acaba de pasar por Madrid un joven poeta guatemalteco ya conocido y estimado en los círculos literarios por sus poemas, libros y artículos: Miguel Angel Asturias. Joven escritor, de un aplomo y de una solvencia indudables, publica de vez en vez librillos de quince páginas, encuadernados en fuerte cartón, con cosas terribles e incomprensibles. Sus amigos burgueses, los del buen sentido común, que carecen de sensibilidad para asimilarlos y humor para rechazarlos, se quedan perplejos. Luego, Asturias recibe unas cartas extrañas, donde a vuelta de mil difíciles equilibrios se pretende dar a entender que el librillo de las quince páginas les ha llegado a lo hondo y se le felicita con toda seriodad.

Miguel Angel Asturias ha pasado por Madrid y ha dejado un libro sincero: *Leyendas de Guatemala* (Ediciones Oriente. Madrid). Libro raro, de poco texto, lleno de dibujos alucinados reproducidos de los codices mayas. El país del autor fué, como es sabido, la sede del imperio maya, que subía también por el sur de Méjico hasta alcanzar contacto—casi siempre sangriento—con toltecas y aztecas. Pero el imperio maya, por la imprecisión de los datos históricos, por lo remoto de sus orígenes, por la fastuosidad de los testimonios que ha dejado, es el que con más calor actúa sobre la imaginación de los poetas de allá. Los mayas son la ventana abierta a lo fabuloso y extraordinario.

Pero lo maya no es en el libro de Asturias más que una reminiscencia que pone fondo decorativo a lo europeo y occidental. Un friso de pumas y de namiks—tigres y venados—, con el ornamento de los animales totémicos que rigen el bien y la ventura de las agrupaciones. Sobre todo esto, la colonia, las tradiciones coloniales, con sabor de pan moreno, de campanario de provincias. *Azorín* asoma a menudo entre líneas. Aunque en Asturias *Azorín* hace versos y tiene un lirismo más despegado del paisaje, más diluido en una armonía interior. Las piedras de las catedrales, los árboles del jardín, la sombra del alero saledizo, no llegan a la expresión. Son reactivos que quedan detrás y que producen otros elementos más subjetivos, más puros. Con el nimbo de las leyendas—supersticiosas, religiosas, amorosas, ¿no es todo lo mismo?—adquieren una vaguedad y una amarga dulzura de poema oriental.



Leyenda del volcán. Leyenda del Cadejo. Leyenda de la Tatuana. Leyenda del Sombrerón. Leyenda del tesoro del lugar florido.

Dará que hablar este libro de Asturias, en que el folklore de Guatemala se aprovecha con arte sumo. Los dibujos muy bien. Libro ejemplar.

O hebraico. ¿De dónde sale esta armonía de difícil facilidad, de lejanías inmediatas, que nos recuerda el salterio bíblico *Leyenda del tesoro del lugar florido* está impregnada de ecos mosaicos: «¿No veis su pecho rojo como la sangre y sus brazos verdes como la sangre vegetal? Es sangre de árbol y sangre de animal. Es ave y es árbol. ¿No veis la luz en todos sus matices sobre su cuerpo de paloma? ¿No veis sus largas plumas en la cola? ¡Ave de sangre verde! ¡Arbol de sangre roja! ¡Kukul!... Luego, los de las plumas de varios matices, recordando al guacamayo, que es el engañador. Un arco iris en cien pies.» En ese capítulo es donde aparece como tema directo, en primer término, la vida maya, Atitlán rica, multitudinaria, agitada en días de sol nuevo bajo su bandera de diez mil colores. El resto del libro es leyenda maya trasfundida a la sangre española y mestiza.

La unión de esas dos imaginaciones —maya y española—, como la de los cuerpos de razas distintas, produce frutos de verdadera belleza. El fuerte sol tropical de los mayas pasa por los vidrios castellanos coloreados—la adoración de los Reyes, la huída a Egipto—y produce luces y formas extraordinarias. Esa apariencia de vidriera—catedral o sinagoga—es lo que da al libro de Miguel Angel Asturias su singular y característico don. Si un afán preciosista recarga tal o cual matiz, o siembra de estrellas ociosas un manto, no importa. La justeza matemática suele ser en el arte un amaneramiento, y el único que se puede tolerar es el que surge ingenua y naturalmente, sin leyes, rompiendo la armonía de proporciones de manera consciente y al mismo tiempo sin saber por qué. Los primitivos tienen en pintura ese defecto, que no se atreverá nadie a considerar como una gracia.

Las *Ediciones Oriente* han añadido una nota nueva y distinta a la diversidad —ya casi insuperable—de su colección. El libro de Asturias es rico, extraño, y tiene sugestiones para cualquier género de lectores. Una pequeña dificultad encontrarán, sin embargo, éstos para adquirirlo en las librerías. El autor ha puesto en la contraportada: «Precio un quetzal.» El quetzal es, si no recordamos mal, un ave difícil de cazar, de la que además no se cuidan los cazadores porque muere al perder la libertad, veinticuatro horas después de ser apresada. Puede que sea también el nombre de una moneda guatemalteca con cambio legal; pero Miguel Angel Asturias sabía en todo caso lo que hacía al justipreciar así su libro. La dificultad de ir a nuestro librero con un quetzal en la mano justificará que la masa lectora no vaya. Es un caso de cortesía hispanoamericana que brindamos a los oficiantes del hispanoamericanismo.

Ramón J. Sender

---

perro, que Foederer y vos matasteis hoy en la caza?

No obstante la enojosa situación en que esta inconveniencia de nuestro amigo a todos nos colocaba, mi atención, más que en la incongruente escena, estaba fija en su actor principal, el conde Mizzca. Aquella fuerza interior de que antes os hablé manifestábase ahora en todo su esplendor por dos órganos de su expresión: los ojos, que parecían incandescentes y que en la obscuridad tal vez habrían alumbrado, y su voz, metálica y vibrante, imponiéndose de tal modo, que todos los circunstantes—mis compañeros me perdonen—parecíamos gentes sometidas a su voluntad.

Sin esfuerzo visible el conde modificó su actitud; soltó a Henkel e inquirió con reposado acento.

—¿Ha perdido este caballero algún perro?

El capitán Foederer intervino entonces para explicarle cómo aquella mañana, al disparar él sobre un lobo que todos perseguíamos con encarnizamiento, el perro de Henkel se interpuso y recibió una bala de rifle debajo del omoplato izquierdo, quedando muerto instantáneamente.

El conde miró con simpatía al teniente y le dijo:

—Os compadezco de todo corazón, caballero; muchas veces un perro vale más que un hermano.

Después, dirigiéndose a todos, expresó:

—Veo que aún no habéis terminado con esa pobre mesa que Dwinska hubo de serviros a toda prisa; perdonadle; ya sabéis que su jornada de hoy ha sido terrible... Os espero a comer; cuento que me dispensaréis este honor. Dwinska vendrá en breve y os conducirá a los departamentos que he mandado que se os preparen, a fin de que descanséis un poco. En cuanto al caballero Henkel, no os preocupéis; su completo restablecimiento corre por cuenta de Dwinska, que es un especialista en la materia; yo os lo aseguro. Adiós, señores.

II

En la mesa del conde, terminados los postres, hizo sus alborozadas reverencias el champagne.

Nuestro anfitrión, que durante toda la comida había permanecido taciturno, no obstante sus esfuerzos por mostrarse complacido y jovial, vació de un sorbo su rebosada copa, encendió un habano, y como si le empujara una irresistible preocupación, formuló esta extraña pregunta:

—¿Creéis vosotros que un perro tenga alma?

Embargados tal vez por lo imprevisto de la interrogación, todos nos mantuvimos callados.

Pero la mirada del conde, fija en Alvarez —recién doctorado en la famosa Universidad de Breslau, y que por tal circunstancia debía de tener la mente fresca y bien nutrida de disquisiciones metafísicas—, parecía esperar de éste una contestación categórica.

Mi compatriota hubo por fin de hablar y se expresó así:

—Los neoplatónicos, al igual que nuestros bisabuelos los primitivos habitantes de la tierra, pensaron que sí; y aunque los estoicos entonces, y después Descartes y Leibnitz se pronunciaron por la negativa, la teoría más socorrida por los contemporáneos inclínase a reconocerles alma, cuando menos, a los animales superiores. En cuanto a mí—no obstante mi devoción por Plutarco, que sostiene con calor las argumentaciones de los neoplatónicos—, preferiría encontrar pruebas menos equívocas que las caprichosas conclusiones de la pura especulación.

—Pues bien, dignaos escucharme—dijo el conde, como si lo que él fuera a exponer resolviera la tan debatida controversia.

—Yo tenía un amigo; el más cariñoso, el más inteligente y el más abnegado de los amigos. Nadie como él sabía interpretar por una simple sonrisa de mis labios la fuerza de mis alegrías interiores, y las gozaba; así como nadie le igualaba en inquirir por los pliegues de mi frente las tempestades de mi alma, ni tan intensamente como él las sufría. De mis simpatías dábase él cuenta antes que yo mismo, y saltaba alegre al verlas llegar; y así también, un gruñido de su garganta advertíame con antelación del peligro que se acercaba, aunque este peligro viniera con los brazos cruzados y bajo el ropaje más amable y engañoso de los afectos... Y ese amigo incomparable, ese fidelísimo compañero, ese camarada único de mis horas de confianza y de mis noches de vigilias, una tarde rodó exánime a un disparo de mi mano en aquel día, sin duda, borracha de fatalidad...

El conde se detuvo por un instante.

En el amplio salón que nos servía de comedor habría podido escucharse el vuelo errante de una libélula.

—Pues bien—prosiguió—, en mis placeres, no; no en mis horas de alegría; pero en mis noches de hondas tristezas y abatimiento, el alma de mi pobre *Yubr* llega a mí, posa su cabeza en mis hombros, se me echa a los pies. Yo la siento. Yo la escucho... Y ahora mismo, en este instante en que sufro tan dolorosamente bajo su recuerdo, bastaría que yo entrara solo a mi alcoba para que viniera a mí, me lamiera las manos, se me arrojara al pecho y me prodigara las muestras más ardorosas de su perdón y las más suaves caricias de su consuelo...

El conde inclinó la frente. Flotaba en el aire tantísima tristeza, que hasta los cigarros encendidos permanecían ociosos.

—¿Y podríais contarnos, señor conde, si en ello no hubiera inconveniente alguno, en qué ocasión se produjo el primer contacto entre vos y el alma de *Yubr*?—preguntó el Profesor Bierber.

El interpelado alzó la cabeza y tuvo un minuto de vacilación, que asomó a sus ojos; después llenó su copa de un dignísimo Arbois, que superaba en excelencias a todos los champagnes, encendió un nuevo cigarro, contempló el humo retorciéndose en espirales, y con reposado acento dijo:

—Será, ésta que vais a oír, la escena más interesante de cuantas hayáis presenciado en la vida, o bien de cuantas os hayan sido relatadas.

La ansiedad de todos nosotros se hizo tan aguda como el más intenso dolor.

—Fue una noche de diciembre—comenzó el conde—. Yo debía asistir a una cita, largo tiempo deseada. No obstante, como era demasiado temprano aún, para entretener mis impaciencias tomé un libro y me senté a leer. Súbito una ráfaga de viento penetra en la alcoba y me deja a obscuras. ¿Por dónde se había colado aquella ráfaga? No traté siquiera de averiguarlo; hice nuevamente luz y reanudé mi interrumpida lectura. Mas cinco minutos no habían transcurrido cuando el mismo fenómeno vuelve a producirse, esta vez con mayor ímpetu que la anterior. Enciendo de nuevo la lámpara, y maravillado ahora de tan inexplicable fenómeno, doyme con ahinco a la tarea de inquirir sus causas. Registro balcones y ventanas. Inútil pesquisa; todo permanecía herméticamente cerrado. Pero suena la hora de la cita y me apresuro a tomar mi gabán. Nueva sorpresa y nueva contrariedad inexplicable: ¡el que encontré en mi guardarropa no era el mío! Empero, me lo echo encima precipitadamente y dispóngome a salir... Y entonces... entonces vuelve a producirse el estupendo fenómeno, esta vez con el ímpetu de un huracán. Yo siento su violencia, percibo sus aullidos, me baña el rostro su humedad. Mas no, no es el huracán. ¡Es *Yubr!* Es mi *Yubr*, que me lame las manos, que me salta al pecho, que me impregna la cara de su aliento, cálido y jadeante; que me empuja y me empuja hasta echarme en un sillón, y que no me abandona sino cuando yo, que conozco sus maneras, que me interpreto su lenguaje, que adivino las expresiones todas de su angustioso ruego, le prometo que esa noche me quedaré en casa, que no saldré a la calle, que dejaré de acudir, en fin, a la anhelada cita...

—Dwinska, sírvame una copa de Arbois—mandó el ex-procurador, que desde hacía rato mantenía sus ojos de juez inquisidor fijos en el cosaco.

Después, dirigiéndose al conde, preguntó:

—Y eso acontecía en la noche del 20 de diciembre de 1908, ¿no es cierto?

—Sí, señor Profesor... Mas, ¿qué os pasa, Dwinska? ¿Por qué servís champagne cuando se os pide Arbois, y por qué rebosáis la copa hasta hacerla derramar?

—¡Perdón, excelencia!...

—Y decidme, señor conde: ¿a qué atribuís la desesperación que creisteis notar en el espíritu de *Yubr*?—inquirió de nuevo el ex-procurador.

—Esa noche me acechaba un peligro de muerte, al cual escapé gracias a la intervención de su espíritu; pero no sin que otra persona allegada a mí pereciera en mi lugar.

—¿Milkhail Ogarev?

—Sí; el asesino de Mikhail Ogarev fue a mí a quien creyó matar.

—Dwinska, otra copa de Arbois—mandó nuevamente el ex-procurador del Estado, vaciando la suya en dos sorbos.

Pero las manos del cosaco parecían azogadas, y al inclinar la botella sobre el cristal del Profesor se cubrió de vino el blanco mantel.

—¡Dwinska! ¡Dwinska! Decid ¿qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—¡Padrecito mío, perdón para tu siervo!

En los ojos del conde asomó entonces la expresión de una repentina sospecha, que era, al mismo tiempo, como una visión de horror. Aquellas pupilas debían de quemar cual dos ascuas.

—Alexis Koniakov, presunto asesino de Mikhail Ogarev, ¡tres pasos al frente!

Y la voz que de tal modo se imponía era tan terrible, que los que allí la escuchamos esa sola vez no la olvidaremos jamás.

Automáticamente, como movido por un resorte, el cosaco avanzó hasta colocarse frente a su señor, juntó los talones, alzó abierta la mano derecha al nivel de la frente y tomó la actitud de un correcto y bravo militar que compareciera ante un Tribunal de honor.

—Alexis Koniakov, ¿sabéis quién era Mikhail Ogarev?

—¿Debo hablar delante de estos señores?

—Sí, Alexis Koniakov; debéis decirlo todo delante de estos señores, que son ahora vuestros jueces.

—Mikhail Ogarev—articuló el acusado con voz clara y sin que se advirtiera en su entonación signo alguno de temblor ni miedo—era hijo de Soika, la bailarina, y hermano bastardo de su excelencia Sergio Vladomiro Mikhailovich, conde de Mizzca, y murió la noche del 20 de diciembre de 1908, por traidor. Yo lo maté.

—¡Ah!—exclamamos todos.

—Explicaos, Alexis Koniakov—dijo el conde con acento sereno.

—Fue *Yubr* quien me advirtió los peligros que representaba para el castillo Mizzca cada una de las disfrazadas visitas de Mikhail Ogarev. Y así, siempre era necesario poner en cadenas al bravo guardián para que no devorara al traidor cuantas veces venía a preparar sus pérfidas combinaciones contra el señor conde Mizzca, su hermano y bienhechor. Sí, *Yubr* sabía que quien apaleaba cruelmente y sin motivo alguno a la servidumbre, que quien provocaba el odio de los vecinos terratenientes destrozándoles cercas y plantaciones, que quien desconsideraba por el más fútil motivo a los amigos y huéspedes del castillo, dejando concertado un duelo para el día siguiente, era el hijo de Soika, la bailarina. Y todo ello gracias a la extraordinaria semejanza de sus facciones y su estatura con las del señor conde, a quien antes hacía beber *straka* hasta la embriaguez, y aun Dios sabe cuál otro brebaje, para imposibilitarlo en su alcoba y entonces suplantarlo y comprometerle en cualquier trance de muerte, que le permitiera, por fin, a él, el bastardo, heredar la fortuna de los Mizzca, de acuerdo con una cláusula testamentaria del antiguo conde, y la cual disponía que en caso de muerte sin sucesión, los bienes de su excelencia pasaran a ser propiedad de Mikhail Ogarev.

Pero el odio de *Yubr* se hacía cada día más insuperable y amenazador—continuó el cosaco—, y el bastardo se decidió a suprimir por medio de una siniestra trama de tiro al blanco a su irreconciliable enemigo. Al efecto, preparó cautelosamente una pistola sin proyectil, que entregó al señor conde, y otra cargada, con la cual se quedó él. *Yubr*, encadenado a más de tres metros del blanco, no cesaba de ladrar furiosamente y de hacer inauditos esfuerzos por romper sus eslabones. Su excelencia alzó la pistola a la altura de los ojos, y, como era su costumbre, sin hacer puntería ni vacilar un segundo, apretó el gatillo. Una doble detonación resonó... *Yubr* dio un salto, lanzó un lastimero quejido y cayó muerto.

Un estremecimiento de indignación recorrió los nervios del auditorio.

—Continuad, Alexis Koniakov—mandó el conde, con la fría impasibilidad de un juez extraño en absoluto al hecho que se averiguaba.

—*Yubr* había muerto; pero alguien que vio al bastardo, no disparar sobre un gorrión—según declaró él—, sino bajar su pistola en dirección del noble animal y hacer fuego, quedó desde entonces en acecho del traidor...

Un día la inopinada presencia de Mikhail Ogarev en el castillo y a la hora precisa en que el conde daba su matinal paseo, me llenó de alarma. Le vi hurgar el correo de mi señor, escoger un sobre rosado, cuya procedencia me era bien conocida, abrirlo cuidadosamente y copiar algunos párrafos de la misiva en él contenido; tomar después la capa del señor conde, poner en lugar de ésta la suya propia y, sigilosamente, abandonar el castillo...

—Y esto sucedía la mañana del 20 de diciembre de 1908.

En el pequeño auditorio se produjo un murmullo.

—Todo lo que había visto hacer a Mikhail Ogarev—repuso Dwinska—encerraba a mis ojos un pavoroso misterio, que era indispensable descifrar. Sin dar aviso a nadie abandoné también el castillo, híceme un disfraz a mi manera y me lancé en persecución del traidor. El billete que le vi copiar debía servirme de indicio seguro para encontrar sus huellas. En efecto, al atardecer, un pobre mujik era la sombra inseparable de Mikhail Ogarev.

Al llegar aquí tuvo el cosaco un momento de indecisión.

—Proseguid, Alexis Koniakov.

—Pues bien: a las ocho de esa noche el bastardo, protegido por la capa de su hermano, penetra en una casa a la cual el señor conde debía llegar una hora más tarde, se hace anunciar con el nombre del esperado y penetra en el salón. Una dama, al verle, se arroja loca de contento en su seno; mas al ser estrechada, siente ella que aquellos brazos no son los brazos del amado, comprende que es víctima de un siniestro engaño y retrocede espantada, queriendo escapar. Pero aquel hombre era un villano de la peor especie, que había ido allí a violar una novia ajena y a esgrimir en la sombra un acero fratricida... Por suerte el mujik velaba; penetra en el salón, agarra al miserable por el cuello, arrástralo a la calle y le hunde su puñal hasta la empuñadura en el corazón...

—¡Ah!...—dijo el ex-procurador, dejando, sin embargo, apuntar a sus labios un recóndito pliegue de ironía.

—¿Y presenció la *panna* Ramanowna la muerte de Mikhail Ogarev?—preguntó el conde, esta vez con la voz henchida de emoción.

—No, excelencia; la *panna* Romanowna no presenció la sangrienta escena, e ignora todavía que el cosaco Dwinska y el mujik que tan oportunamente intervino en su defensa son una misma persona.

—De modo que nadie asistió a la muerte de Mikhail Ogarev—insinuó con su cortante y pausado acento el ex-procurador del Estado.

—Sí, alguien estuvo allí.

—¿Quién?

—*Yubr.*

—¡*Yubr!*...—exclamamos Alvarez y yo a un tiempo, mientras el Profesor Bierber acentuaba más y más el sarcástico pliegue de su ironía.

—Sí, *Yubr*... Fue él quien me puso realmente en la pista del bastardo; él, quien me empujó con fuerza irresistible dentro del salón de la *panna* Romanowna; él, quien me ayudó a apresar al traidor y a arrastrarle a la calle sin consentirle movimiento alguno hacia sus armas.

—Está bien, Dwinska—pronunció el conde—. Y con suprema autoridad de perdón extendió su diestra al fiel servidor, que se arrodilló para besarla.

Todos los comensales, ante aquel final, respiramos con desahogo y beneplácito; todos, a excepción del Profesor Bierber, quien adelantó de nuevo su busto sobre la mesa con la visible intención de continuar su interrogatorio.

Pero entonces se produjo fuera, abajo, quizá en los fosos del castillo, o en cualquiera otra sima todavía más honda y tenebrosa, un extraño rumor de súbita acometida y lucha jadeante. Resonó un feroz aullido... y una mutilada imprecación... y un supremo grito... y un estertor... Y tras breves segundos de angustiosa expectación, agitáronse, sacudidas y estrujadas por una poderosa fuerza desconocida, las pesadas cortinas del salón, oscilaron medrosas las luces, cayó con estrépito un cuadro del muro, y, por encima de nuestras cabezas, sudorosas y frías, una ráfaga húmeda dejó en el ambiente su pútrida emanación de fosa removida, y en nuestros crispados nervios un largo estremecimiento de pavor.

El ex-procurador, muy pálido, trató de sonreir...

Fabio Fiallo

De los *Cuentos Frágiles* de Fabio Fiallo, hay ejemplares disponibles en la Adm. del *Rep. Am.* Precio del ejemplar: ¢ 3.00

Canciones escolares

= De *Caras y Caretas*. Buenos Aires. =

En muchas de nuestras escuelas públicas predomina el gusto por la canción de carácter educativo. Buenas o malas, llenan el espíritu del niño con una preocupación moral y una fatiga de deber. No bien abandona el aula, el ritmo artificioso desaparece de su oído, las palabras huyen de su memoria y nunca más vuelven a acariciar su recuerdo. Y no es esa la función del canto que educa, no por medio de ideas formuladas, sino por medio de su influencia en el desarrollo de la sensibilidad. Sin duda, los hombres en quienes la canción es una necesidad para manifestarse y para aproximarse, son más comprensivos, más ricos en intimidad y más adheridos por lo mismo, a su suelo, a sus costumbres y a las formas coherentes del sentimiento tradicional que define a las familias humanas. Las canciones sin objeto, sin visón social o sin programa patriótico, que sirven de estribillo a los juegos de los parques, repiten relatos de aventuras baladíes, contienen el encanto de una breve copla de amor, son las que han modelado, en los pueblos espirituales, el alma de la multitud. Sabemos que los griegos animaban su valor en los combates cantando cantos lugareños que despertaban en ellos la nostalgia de la tierra o arreciaban su coraje para defenderla en el peligro. Y en nuestros tiempos el soldado inglés evocaba las aldeas y las ciudades natales con la ingenua y saudosa canción de Tipperary. "Es muy largo el camino de Tipperary". El camino más largo y más cruel de la guerra se acortaba bajo su polvo ensagrentado al lanzar entre el tronido de la metralla la evocación doméstica. Deberíamos de tomar esos ejemplos e impregnar la inteligencia y el corazón de la niñez con lo que nos da la tierra. Julián Aguirre, nuestro insigne músico, nos ha demostrado lo que es posible hacer con la canción. Ha compuesto cantos deliciosos en que revive la simpatía del país con una frescura matinal, con un acento de tristeza leve apta para anegar el espíritu y fecundarlo con la amable capacidad de percibir en los números musicales lo que la palabra no logrará decir. José André ha realizado, en este sentido, una obra por la cual se le recordará con afecto, ¿Por qué no han de surgir en las canciones escolares las melodías de las diferentes regiones del país, a fin de que vayan construyendo en el niño con esos elementos diversos, el uniforme paisaje sentimental de nuestra Argentina? La pedagogía de la canción no perdería la eficacia que se le asigna al atribuirle la calidad áspera de un instrumento instructivo. Al contrario. Ganaría en provecho y con los años, lo que se canta en las provincias llanas, en las provincias montuosas, en las villas perdidas en la vera de los bosques, cobraría en las escuelas, como la sílaba, el valor de una sola emisión de voz. Y conviene, desde luego, administrar con sabia prudencia el patriotismo de la canción, descargándola de lo intencionalmente didáctico o tendencioso, para que sea, como fuerza espontánea, más activa y de mayor poder de sugestión.

Alberto Gerchunoff

Respondo al Sr. Dobles

(Envío del autor.)

Como al hombre no se le define clasificándolo, los rótulos fracasan al querer abarcar la esencia de la personalidad. La antinomia de clásico y moderno tiene sentido en la historia del arte, no en el arte vivo que se define siendo y se divide a través de las épocas en bueno o malo.

La disconformidad con lo establecido manifestándose en el desprecio hacia lo académico, viene por ser éste una armazón inútil, una construcción laboriosa y estática donde el espíritu se ha evaporado y por eso la tradición que es una premisa vital tiene que hallarse en el alma primitiva del pueblo o en los que son «limpios de corazón» a fuerza de genial sinceridad.

Gonzálo Dobles, virilmente, con una ética ya olvidada, declara su equivocación, reaccionando contra sí mismo, demostrando una seria preocupación por el arte al lanzarse a buscar rutas vírgenes, «caminos no sendereados» como dijo Gracián. Sólo una ambición de ser trae esa violencia contra lo que es repetición, escuela formulada: acordémonos de Whitman cuando en su poema *The Indications* dice «los verdaderos poetas no son los prosélitos de la belleza, sino los augustos maestros de la belleza». Y no entendamos mal esta palabra belleza que anda en todas las estéticas; la buena arquitectura nació siempre de una precisa adaptación al fin útil, los arquitectos de hoy no son pintores o escultores, sino ante todo, higienistas, matemáticos y hombres de talento práctico. Esta limitación en entender la palabra belleza es la que hace decir a Cocteau «este poema no es ni bello ni feo, tiene otros méritos». Ojalá que sintiéramos todos esos méritos de lo que no es bello ni feo; así comprenderíamos mejor al Greco, a Van Gogh, a Diego Rivera, a tantos otros; así talvez se reduciría el porcentaje de literatos de concurso, de sonetistas a las reinas de belleza, de apologistas cretinos y toda esa gente que además de cursi es arqueológica, que entiende y habla de todas las cosas como Estrepsíades en las *Nubes* de Aristófanes.

Ahora las palabras, clásico, moderno, vanguardista, no significan lo que en su primer día; son términos ambiguos y cada hombre tendrá que buscar su sendero y andarlo todo él, con el corazón claro como ante un camino recién abierto y tener el talento de ser sincero y serlo siempre que detrás de él haya un valor humano.

Francisco Amighetti

San José, Costa Rica. 22 de julio, 1930.

Y los sueños sueños son

=De *El Tiempo*. Bogotá.—

Un tanto retardado llegó el general Sucre a la casa del caballero don Domingo de Caicedo aquel 8 de mayo, día en que, para no volver más, salió el Libertador de esta ciudad donde había amado y padecido tanto. Le informaron los criados que el general Bolívar y su comitiva habían partido hacía rato, y debían andar ya bien entrados en la Sabana.

Vaciló el cumanés. En el caballo que había dejado a la puerta podía alcanzarlos en alguna parada sobre el polvoroso camino de occidente, pero la voz interior, que no se equivoca, le decía que la despedida que diera al jefe y al amigo sería la última... Entonces pidió recado de escribir y sobre una mesa de caoba, motivo central del amplio corredor, dejó estas líneas en que la emoción hizo olvidar la fecha, que realmente sobraba: «Mi general: Cuando he ido a casa de usted, para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido el corazón, no sé que decir a usted.

»Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a usted; usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que usted me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.

»Adiós, mi general, reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel y apasionado amigo, *A. J. de Sucre.*»

Fue ésta la última carta que dirigió Sucre al Libertador, y la última que se encuentra de él en la colección de O'Leary. Quien quiera conocer de veras y a fondo el carácter del mariscal de Ayacucho, lea su epistolario. Está escrito todo con un mismo pulso, un pulso firme, sereno, quieto; no se advierte allí el correr agitado, intermitente, de las pasiones, que brota tumultuoso entre las líneas nerviosas de las cartas del Libertador; en las de Santander, olorosas a tinta fresca de imprenta, a polémica insistente y acre; en las de Urdanea, salpicadas de sangre y de violencia; en las de tantos otros, entreveradas de intriga y de personalismo. Era la época. En las de Sucre, siempre el elogio sin ditirambo del compañero y del subalterno; la apreciación sintética de las situaciones, y jamás nada de él ni para él. Modelo de su modo de trasladar al papel lo que necesitaba comunicar, es su carta al Libertador fechada el 10 de diciembre de 1824 sobre el campo de Ayacucho. «Mi general: Está concluída la guerra, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de Cuzco a Huamanga al frente del enemigo y teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho mi espíritu, ha tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado».

Encomia luego la conducta de Córdoba a quien atribuye el triunfo; se ocupa de de otros jefes, menciona a los oficiales heridos y concluye diciendo: «... Esta carta está muy mal escrita, y embarulladas las ideas; pero en sí vale algo: contiene la noticia de una gran victoria, y la libertad del Perú. Por premio para mí pido que usted me conserve su amistad».

Dentro de la guerra no se contentó Sucre con ser, como tantos otros, el caudillo arriscado de montoneras insolentes; fué él ante todo un conductor de tropas que supo adiestrar para el combate, al que llegó siempre en el día y la hora señalados de antemano por la fría precisión de su cálculo. Con prolijo esmero cuidó de la salud y de la comodidad de su gente, y fue inflexible en mantener una disciplina que tuvo por eje el austero ejemplo de su moral impecable. Sus campañas de una exactitud, de una limpieza, de una nitidez de líneas y de conjunto inimitables, hacen pensar antes que en un improvisado genial, en uno de estos oficiales modernos de estado mayor de gran escuela, al estilo de Foch, de Lyautey, de Petain. Terminada la guerra va a la presidencia de Bolivia por deber de obediencia, pero su repugnancia por los embrollos de la política parece invencible. Del año 26 en adelante los finales de sus cartas delatan una creciente depresión de ánimo, un cansancio infinito. Un deseo cada día más acentuado de reposo parece obsesionarle; el pesimismo en lo referente a los asuntos públicos le invade irremediablemente.

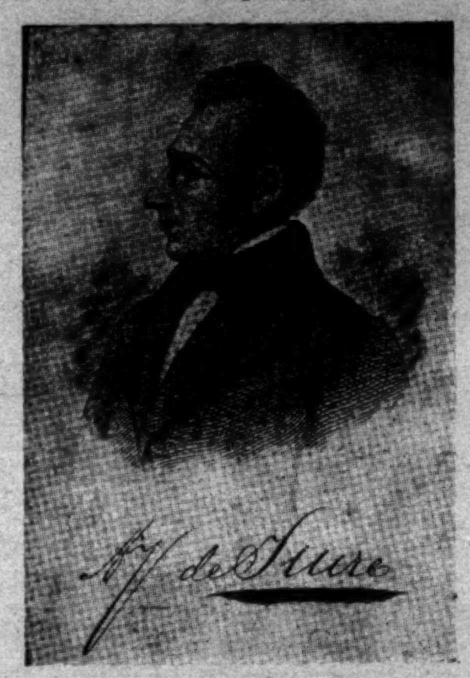
Hay mucho de fatiga física en todo esto, no poco también del hastío que produce en las almas delicadas el frote obligado con la política y con sus profesionales. «El servicio a pueblos ingratos me es tan molesto como la carrera pública» dice a Bolívar desde Guayaquil: «Estoy muy cansado y ya deseo pertenecer a mi mujer y a mi familia...» «Mi ansia es la vida privada...» «Estoy persuadido de que el terreno sobre que trabajamos es fango y arena...»

Le duele seguido el pecho, el cabello le blanquea, y escribe a uno de sus amigos que se siente «hecho una *maraca* como si tuviera cuarenta años» Cuarenta años eran la vejez para aquellos hombres de vida intensa y breve!

Saborea anticipadamente las delicias de la sobremesa entre antiguos camaradas, en su casa de campo en los ejidos de Quito, una casa de campo colmada de flores y de libros, según lo escribe a Santander desde su tedioso palacio de Chuquisaca. Habrá platos regionales, y espera que el general La Mar le corresponda con un buen pescado del Guayas cuando él le pague la visita en Buijo.

Durante cinco años se consuela de los horrores del poder, de las espinas de la intriga, del empalago de la adulación, soñando con su futura vida de *chacarero*, colgado y quieto el corvo sable de Pichincha en la sala campesina, por cuyas ventanas abiertas sobre el campo dilatado penetra el olor de los geranios y las madreselvas del jardín,

(*Pasa a la página 58*)



Del natural, y uno de los retratos más fieles que se conservan.

La bala cruel que te hirió el corazón, mató a Colombia y me quitó la vida. Como soldado, fuiste la Victoria; como magistrado, la Justicia; como ciudadano, el Patriotismo; como vencedor, la Clemencia; y como amigo, la Lealtad. Para tu gloria lo tienes todo ya. Lo que te falta sólo a Dios le corresponde darlo.—**Bolívar.**

Aquel hombre fué solar, y no se piensa en él sin vida y esplendor. Sus victorias eran puras; su amistad, viril; su corazón, de alas; su muerte, súbita y sombría, como la puesta de la luz. Por él parecen reales, aun a quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses y aquellos escudos de oro, que bajaban del cielo a defender a los héroes. Amó a la América y a la gloria; pero no más que a la libertad. La prosa que lo canta ha de ser apretada y movible, como sus batallones, cuando daba en ellos el sol; y su oda, como el eco que va, de monte en monte, por las crestas blancas de los Andes. **José Martí.**

Cayó (Sucre) *con él* ([1]), *y hubo de asilarse en la isla Trinidad, en compañía de varios compatriotas, uno de los cuales fue Santiago Mariño, jefe de ellos. La Isla, colonia inglesa, era gobernada por un inglés,* indigno de Inglaterra, *según la expresión de O'Leary, noble inglés. El gobernador se llamaba Ralph Woodford y trataba a los venezolanos con insultos: un día escribió a Mariño, con esta dirección: «A Santiago Mariño, general de los insurgentes de Costa Firme.» Sucre, secretario de Mariño, contestó:*

El epiteto *insurgente* es honroso, pues así denominaban los ingleses a Washington.

Citada por **Roberto Andrade.**

([1]) El General Miranda, de quien Sucre fue secretario.

Cuentos frágiles

Fabio Fiallo: El hombre. El poeta. El cuentista

La publicación de un bello libro debiera celebrarse como el natalicio de un príncipe.

A. Lugo

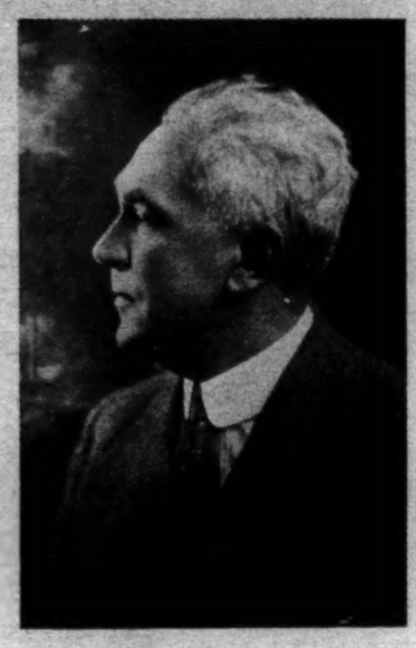
Comenzaré este escrito trascribiendo dos párrafos del libro *Impresiones* de mi inolvidable Maestro, don Federico García Godoy. Estudiando a los grandes hombres en las diferentes faces de su existencia, es como se puede apreciar de un modo preciso y completo la ideología del alma que produjo sus obras. ¿Y quién, entre nosotros, más merecedor de tal estudio que este noble espíritu, el más dulce y querido de nuestros bardos, a la par que el más bravo, el más impetuoso y el más temido de nuestros escritores, a quien la prensa de todo el Continente Colombiano, en un impulso incontenido de admiración y de ardiente simpatía, otorgó el glorioso título de "Poeta-patriota", por su indómita actitud frente al ultraje de la Intervención americana?

Dice el Maestro en su libro: "Fue en plena contienda fratricida. Tras inútil defensa, La Vega acababa de ser tomada a fuego y sangre. En su calle flotaba todavía la humareda del combate, cuando, como salido de esa nube, semejante a un dios mitológico, surgió ante mí, cubierto aún del polvo del camino, con la carabina en la mano y el machete al cinto, el poeta suave y delicado de *Primavera Sentimental*.

«A raíz de aquel sangriento suceso púsose de relieve la generosidad ingénita, la nobleza de alma, la pureza de sentimientos que, en todo tiempo, han sido cualidades predominantes del carácter de Fabio Fiallo. Hormigueaban los rencores y ardían los odios, y él, encargado del mando durante breve tiempo, atajó con mano firme el alud de venganzas, y no manchó su rápida gestión gubernativa con represalias crueles e injustas. Cerró los ojos a torpes acusaciones, hijas de la suspicacia y el recelo, y supo crear a su alrededor un ambiente de simpatía y de confianza que en poco más de una semana restó fuerza considerable al movimiento revolucionario".

A ese interesante relato del Maestro, quiero añadir sobre el mismo tema otras impresiones recogidas de los labios de mi madre, cuando de noche, para aquietar mi infancia intranquila, ella me entretenía contándome rasgos y sucesos de nuestra agitada vida provinciana. Bajo su cálido acento, yo cerraba los ojos y veía desfilar el sangriento panorama de aquel día:

Era el año terrible de 1904. Sol naciente. Fresca mañanita de mayo. Por doquiera voces de mando, toques de corneta, pasos apresurados de hombres que se preparaban al combate, y, dentro del hogar, ardientes rogativas a la Virgen de las Mercedes, tristeza, ansiedad, espanto. Improviso se oye una lejana descarga por los lados del Santo Cerro, y otra, y otras que se van acercando lentamente, de jalón en jalón, como si vinieran rompiendo obstáculos, hasta penetrar en la ciudad, donde el combate por más de una hora se mantiene porfiado y feroz, de calle en calle, de esquina en esquina, convirtiendo de ese modo el apacible y sonriente valle del Camú en un pavoroso infierno de fuego y plomo. Por fin, cesa la fratricida lucha y entre los héroes de aquella dura jornada aclamados por la soldadesca triunfante, resuena más alto que el de todos, el nombre, mal pronunciado de nues-



Fabio Fiallo

tro poeta, que en lo interior de mi casa debió repercutir de manera bien desagradable, pues mi padre pertenecía entonces con relieve de bastante significación, al exasperado bando de los vencidos.

Sin embargo, no tardó mucho aquel nombre de FABIO FIALLO—limpio y sonoro como un verso de Garcilaso—en ganarse entre los caídos el más vivo resplandor de simpatía. Con magnanimidad insólita en esa época, y apartándose de las prácticas bien establecidas de su rencoroso partido, nuestro poeta, erigido en Gobernador Civil y Militar de la plaza, dedicó su elevada autoridad a proteger a sus enemigos de la víspera. Rompió a hachazos las puertas de la prisión política, brindó plenas garantías a los ocultos y perseguidos—mi padre entre ellos—y nombró una Comisión de paz compuesta por los hombres de mayor prestigio en las filas contrarias, para que las armas revolucionarias fueran recogidas y entregadas al Gobierno. Y de esta manera hábil y generosa quedó, por el momento, completamente subyugado el espíritu revolucionario de los *bolos* de esta Provincia.

Después de La Vega, les tocó en turno a Samaná y a Azua servir de escenario al poeta guerrero con más de una hazaña ilustre. Fue en aquella Bahía donde el Comandante del crucero americano *Yankee*, osó ponerle a Fabio Fiallo, Jefe de las fuerzas gubernamentales,—quien había exigido la capitulación de la plaza insurrecta en el término perentorio de 24 horas—una nota insolente avisándole que el primer disparo que se hiciera sobre la plaza sería considerado como un ultraje al pabellón de su buque y que procedería en consecuencia. La altiva respuesta de Fiallo desde el crucero *Presidente* puede servir de modelo para todo caso análogo en nuestra América: "Yo represento aquí al Gobierno de esta tierra y estas aguas y no admito más imposiciones que las de mi honor y mi consigna. Si Samaná no ha capitulado mañana al cumplirse el término improrrogable que le tengo fijado, procederé a rendirla a sangre y fuego, sin tomar en consideración la nota de Ud que doy por no recibida". ([1])

Ved ahí, en esa breve y firme contestación, asomada de cuerpo entero el alma bravía e inquebrantable del poeta que más tarde conmovió al mundo con sus escritos, su prisión y su arrogante actitud frente a la Intervención yanqui. Como había de ser, la América entera se opuso a la inicua sentencia de muerte que se le quería imponer a Fabio Fiallo.

Ahora, será a la donosa pluma de mi compañero de versos, Enrique Stridels, a la que tomaré en préstamo dos rasgos de Fabio Fiallo, Delegado del Gobierno de Morales en Azua. Su sencillo relato prestaría limpieza, lustre y esplendor a la biografía de cualquiera de nuestros políticos, fuera éste el más puro y generoso entre todos. Escuchad al escritor azuano:

"Dos revolucionarios, Marcos Paulino y Román García, habían caído en poder del señor Delgado. Al saberlo, el Gobierno ordenó que los facciosos fuesen fusilados. El poeta, indignado, rompió en pedazos la orden. No es Fiallo hombre de crímenes. Tres días después el General Zenón Ovando que comandaba las fuerzas de la plaza, amarraba a los presos y daba órdenes de fusilarlos. A pesar de la reserva con que se iba a consumar la tragedia, una dama azuana, horrorizada con la noticia del suplicio, mandó a prevenir a Fabio Fiallo. Revólver en mano corrió éste a la Comandancia, cortó las amarras y se enfrentó a Zenón. El guerrillero se excusó mostrando la *orden superior*.

«Cuando el fusilamiento de Guilloux y Manzueta, se encontraba aún en Azua el poeta Fiallo. Él pudo—usando la prudente abstención de opinar acerca de un suceso en el que tan obstinadamente estaba empeñado el Gobierno—reducirse simple y llanamente a lamentar la desgracia. Sin embargo, el Delegado del Gobierno, lejos de eso, dirigió este telegrama acusador: "Presidente Morales, Capital. Repruebo fusilamiento. Debajo de ese cadalso ha puesto nombre de sus hijos recibir un chorro de sangre». He ahí al hombre!".

Sí, he ahí al hombre. He ahí al patriota indómito, estupendo, casi único. ¿Quién, en su lugar, habría comprometido con ese impetuoso rasgo de indignación, su fuerte y envidiada posición política, que perdió inmediatamente? Que yo sepa, nadie lo hizo antes que él, nadie lo ha intentado después. Por lo contrario, se ha hecho ya timbre de orgullo entre nosotros *saber cargar pesado*, indicando con ese término la desfachatez de aquellos que arrostran sin titubear la responsabilidad de los crímenes políticos más atroces y odiosos, ostentándolos como presea de arrogante valentía...

Pero, se me ha hecho tarde, y es hora de abandonar al guerrero magnánimo, y hasta al poeta exquisito, para ocuparnos ahora del celebrado cuentista que disputa con los más finos ingenios de América y de España el cetro de estas breves narraciones en prosa; género que muchos críticos de los más reputados han proclamado como el más difícil

([1]) *Plan de Acción y Liberación*. F. F.

de "bien hacer" entre las producciones puramente literarias.

Dos magnates de las letras castellanas presiden en el portal de entrada el gallardo desfile de los *Cuentos Frágiles:* don Américo Lugo y don Jacinto López. En esta segunda edición—hecha pulcramente en Madrid y de la que un ejemplar me ha sido enviado con amable dedicatoria por su autor—aparecen nuevos personajes que los prologuistas de la primera no conocieron oportunamente. Lástima grande fue! En *Yubr,* el castellano de Mizzca, su fiel mayordomo Dwinska y el Procurador Bieber, podrían entrar en competencia de alto relieve dramático con cualquiera de los más famosos personajes en los cuentos de Tolstoi, Ivan Turgueneff, o Máximo Gorki. La ejecución de la trama es de mano maestra. El ambiente, eslavo; sorprendentemente eslavo; y su final, de una verosimilitud, o mejor dicho, de un *realismo fantástico,* insuperable por lo que cierto calofrío de ultratumba nos entra en cada poro del cuerpo, cuando sentimos pasar por encima de nuestras cabezas aquella húmeda ráfaga de viento que dejó en el salón del castillo Mizzca su pútrida emanación de fosa removida.

No obstante *La Inolvidable, Ernesto de Anquises* y *El Príncipe del Mar,* señalados por el Dr. Lugo como dignos de figurar al lado de los mejores cuentos franceses; no obstante *El Busto de Mármol,* lleno del más vivo interés dramático, y desempeñado con un arte, una gracia y una destreza de maestro, según el bello decir de don Jacinto López; no obstante *La Lección del Caos,* sobre el que una de las más auténticas autoridades en la materia, el inolvidable Díaz Rodríguez, hacía confesión de no haber leído en muchos años nada igual; no obstante, en fin, *Las Cerezas,* cálida golosina cuyo embriagante sabor más de uno de nosotros, jóvenes ardientes, hemos ido a buscar en el inquieto jubón de alguna adorable prima, a quien, para inducirla al ruboroso consentimiento, la hemos leído el cuento mismo, con la pícara intención de hacer que su lectura sirva de erótico excitante, como una embrujada copa de champaña... Sí, no obstante *Las Cerezas* con su apretado puñado de recuerdos, *Yubr,* a nuestro juicio, es el más intenso, el más emocionante y el más original de los *Cuentos Frágiles.*

El otro cuento que escapó al análisis de los dos prologuistas, también por no hallarse en la primera edición, el *Flor de Lago.* Hubiéralo conocido en su tiempo don Américo Lugo, y de seguro se habría evitado una herejía al señalar, caprichosamente, la pobreza del léxico de Fabio Fiallo. Perdóneme el alto y culto escritor esta osada contradicción a su criterio que siempre tuve por sabio y respetado; pero, en mi concepto, la finura, la fluidez y la elegancia de estilo con que ha sido cincelada esta joya de la literatura nacional, no podrían ser superados por pluma alguna. Ni admiten tampoco el desdeñoso reparo, otros muchos de los *Cuentos Frágiles;* tales *Ernesto de Anquises, Entre ellas, La Inolvidable* y *El Ultimo Ramo,* al que de paso no vacilo en proclamar uno de los mejores del libro. Ni esos ni otros muchos son acreedores al rápido arañazo infringido; a menos que se quiera llamar pobreza el léxico aquella difícil sencillez de expresión, que es, a mi flaco entender, una de las manifestaciones más puras y preclaras del instinto aristocrático de Fabio Fiallo. Ya lo advirtió el Pontífice Rubén: "En sus versos como en sus cuentos es siempre un puro, un fino, un noble poeta. En vano buscaréis virtuosísimos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso. Ni en sus prosas ni en sus estrofas deja de ser sencillamente pulcro y sentimentalmente elegante. El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón".

Voy a terminar dejando inconcluso este trabajo. Faltaríame llenar algunas páginas para que el estudio fuera completo. Procuraré suplirlas brindando a nuestros lectores un trozo de la pluma de Jacinto López, porque precisamente son sus cuentos breves, sus cuentos ágiles, ligeros, alados sin trama aparente, los preferidos por el escritor venezolano, y los que yo no he tenido tiempo de dar a conocer en estas rápidas impresiones. Oid su alabanza:

"Los cuentos de Fabio Fiallo que yo más amo son sus cuentos de poeta. Bajo esta denominación incluyo *El Busto de Mármol, La derrota de Eros, La Lección del Caos, El Beso, Vendetta, La Inolvidable* y otros del propio género. Cuentos breves como sus versos, finos, ingeniosos, delicados, llenos de arte y de gracia, también como sus versos. El motivo es siempre un objeto de arte y de belleza. Mejor dicho, el motivo es siempre la mujer, sin que, lo mismo que en sus versos, el demonio del sexo empañe con su aliento el cristal de su prisma. Es siempre la Venus de lirios y rosas, cuya blancura es un esplendor. Es siempre la concepción artística, el instante divino en el alma del poeta".

Y, como punto final, alzaré en el espacio este claro diamante del Sumo Pontífice, para iluminar con su blanca luz de estrella el soñoliento paso de esta caravana de mis prosas hundiéndose en la oscuridad del olvido:

"Pocas veces he escrito sobre un poeta con tanto placer como ahora. Yo amo las almas de perla y los tratos de seda".

F. Alvarez Almanzar

Mayo 1930. La Vega, Rep. Dominicana.

Y los sueños sueños son...

(Viene de la página 56)

el de los peros y los manzanos de la huerta, mezclado al de la boñiga fresca restregada por los pies descalzos de los gañanes que trajinan el ganado en el corral, mientras junto al amo que lee soñoliento a Plutarco o a Tácito—es una tarde fuerte de verano—duerme el mastín favorito. No estaba sin embargo la paz reservada al hombre que la amo tanto, y tan bellamente la sirvió. En vez de todo aquello le esperaban los balines y las postas que puso Sarria en los trabucos de Juan Cuzco y de los dos Rodríguez.

Caudillejos que no merecían haberle tenido el estribo de la montura, sentíanse definitivamente oscurecidos por la sombra, que proyectaba, desde la penumbra misma de su retiro voluntario, el hombre que había firmado dos veces la paz del continente. Inquietaba a sus turbias conciencias la callada pero ineludible autoridad moral que emanaba del que dijo sobre el humo de Tarqui: «La justicia es la misma la víspera de la batalla que al día siguiente de la victoria», y decretaron la sentencia que se cumplió friamente el 4 de junio en la encrucijada de Berruecos, cuando Sucre regresaba al sur acariciando el ensueño de un hogar calentado por el amor, que también era mentira porque doña Mariana, Marquesa de Solanda, mujer mediocre e incomprensiva, ignoró fundamentalmente al hombre extraordinario a quien diera la mano en sus primeras nupcias. Quizá fue mejor para el mariscal perder la vida antes que la ilusión.

Tomás Rueda Vargas

Aspectos positivos del Imperialismo Económico

Por un profesor despreocupado y agresivo de la Universidad de Yale, U. S. A.



Imperialismo, por *Cesare*

(Tomada de *The New York Times Book Review*)

Lanzar rayos y centellas contra un cierto ogro que adquiere, mientras más se habla de él, proporciones de anticristo apocalíptico. Hé aquí el dogma por excelencia de los fulminantes evangelistas del tipo Waldo Frank. El anti-cristo por fulminar con arengas de plazuela y paraninfo, con viajes continentales y discusiones de mesa redonda se llama El Imperialismo Económico, especie de potencia abstracta pero activa, con sede quién sabe dónde, pero que en la tierra tiene por profeta a otro algo incoloro e indefinible que se llama Wall Street.

La historia de la Humanidad—y el que escribe rechaza la interpretación marxista del progreso humano—no es otra cosa que la pugna de dos minorías, la que está arriba contra la que está abajo. El hueso que los dos canes se disputan, es el poder; el principio que informa la lucha es el de *ote-toi de lá que je m'y met*, ni más ni menos. Toda revolución es revolución hasta que triunfa; al convertirse en gobierno, los revolucionarios se quitan la camisola de la barricada y se ajustan las bragas protocolarias, y luego... comienza el proceso otra vez, nueva minoría se apresta a derrocar a la de arriba. Hemos dicho lucha de minorías, no de clases, ni de masas. En la lucha, las masas son indiferentes espectadores, como en España, o carne de cañón, como en Francia y Mèxico. Pues bien, la minoría de abajo, antes de recurrir a las armas, procede a lanzar rayos y truenos contra el anti-cristo, contra el derecho divino de los reyes, contra el Vaticano, contra Dios, contra el reeleccionismo, contra la doctrina Monroe, contra el capitalismo, contra Wall Street.

Dada la presente textura económico-industrial de nuestro mundo, el blanco de los tiros minoristas es, en nuestra América, el Imperialismo Económico, al que se imputan todos los crímenes de lesa nacionalidad de que han sido víctima durante los últimos cien años los veinte pueblos famosos que dejara España en tierras de Incas y Moctezumas, fruto óptimo del paso de sus fecundos Pizarros y Corteses por las altiplanicies y pampas americanas. La *Beattización* de Cuba por McKinley, la desmembración de Colombia por Teodoro Roosevelt, la ocupación de Veracruz por Woodrow Wilson, la subyugación de la república franco-americana por el mismo, la infamante estigmatización química de los votantes nicaragüenses el otro día, la derrota de ese Kruger de opereta que se llama don Augusto Sandino... todos estos... son crímenes de lesa humanidad cometidos por el anticristo del siglo veinte, por el nefando Imperialismo Económico, que entre paréntesis, parece hablar inglés americano. Pues bien, el Luzbel de la caverna infernal de Wall Street no tiene, después de todo, ni cuernos, ni cola, ni escupe lumbre. Y es, como pasamos a demostrar, un buen chico, inteligente y astuto, eso sí. Veamos.

Objetivamente, es Imperialismo Económico el acaparamiento, por parte de los países industriales, manufactureros, capitalistas, no sólo de los mercados para sus productos, pero también y, sobre todo, de las regiones ricas en materias primas. La tendencia del proceso imperialista contemporáneo es hacia la centralización del manejo de las materias primas—petróleo, caucho, algodón, café, etc., y su transformación también centralizada en manufacturas comerciales. Los conquistadores del siglo veinte ya no quieren colonias políticas; ahora necesitan mercados y fuentes de *raw materials*. Ahora, no se lucha con aventureros como los que trajo don Hernando de Cortés por la patria y por el rey; ahora se combate con dólares y máquinas, con abogados consultores y diplomáticos como Mr. Morrow y Mr. Guggenheim, por la super-corporación equis o

Una defensa del imperialismo

=*El Tiempo*. Bogotá=

En otro lugar publicamos la cruda defensa que el ilustre profesor James Bergson de la Universidad de Yale, hace del imperialismo económico. Nada de medias tintas ni de eufemismos. El imperialismo es un hecho positivo, que no se discute. El petróleo, el azúcar, las materias primas en general, no tienen fronteras, pertenecen a quien las necesita y sobre todo a quien las toma. Mr. Ford es un emperador con más poderío que Napoleón I. El imperialismo es anacionalista y cada día borra con mayor eficacia las fronteras. El nacionalismo es una necedad, que ha causado a la humanidad muchos dolores y que afortunadamente tiende a desaparecer. Y sobre todo el imperialismo es bueno. Les da automóviles a los trabajadores; les funda hospitales e institutos de beneficencia, los cuida con afán maternal y vela por su suerte. Exactamente lo mismo que la ogresa de los cuentos de Perrault, que engordaba a los niños, para comérselos.

Tales son a grandes rasgos las teorías del profesor Bergson. Por desgracia nos son las teorías de una filosofía especulativa, sino de una formidable realidad, contra la cual hay que oponer otras realidades.

El imperialismo es todo eso que dice el profesor Bergson, sin duda; pero ese imperialismo significa la muerte o la absorción de los pueblos pequeños. En donde quiera que el imperialismo ha posado su planta, el elemento criollo ha quedado eliminado. Las propiedades territoriales y las industrias han pasado a manos de los grandes capitalistas. Los accionistas de la Bond and Share, de la Standard, de los *trusts* azucareros, etc., se han enriquecido, pero el habitante del país favorecido por el imperialismo, vegeta en la miseria. El imperialismo es admirable para los que lo usufructúan; llega hasta conceder un poco de bienestar al obrero manual; pero es funesto para las clases medias y superiores del país a donde extiende sus tentáculos. En veinte años el imperialismo se adueñó de la totalidad de los ingenios de azúcar y de los fundos agrícolas de Cnba y Puerto Rico, que antes

(*Pasa a la página 63.*)

jota. (Puede llamarse ella Electric Bond & Share o National City Bank.) El proceso de subyugación económica es universal; los imperialistas son gente de amplio criterio que no hacen excepción de persona, ni de raza, ni de color. Por lo tanto—y ésto es uno de sus aspectos positivos—el Imperialismo Económico es destructor de las tendencias nacionalistas. El sueño romano de un imperio universal y único parece convertirse en realidad; la profesía de Víctor Hugo de que en el siglo veinte no habría fronteras, tiene visos de cumplirse. Porque el dólar es políglota, su potencia se hace sentir en todos los pueblos y en todas las razas. Ahora se piensa en términos *anacionales:* las fronteras se eliminan; el petróleo es petróleo, ya salga de pozos venezolanos o de Mesopotamia; el azúcar es azúcar, venga ya de Cuba o de Hawai.

La agricultura se internacionaliza. Y la agricultura internacionalizada reclama la explotación intensiva del suelo. Surge la tendencia hacia las cosechas singulares,—aparece el colosal plantío de una cosecha dada—plátano en Centro América, azúcar en Cuba, café en el Brasil. Porque la agricultura internacionalizada no gusta de las cosechas locales y múltiples. Los productores agrícolas de los países tropicales se convierten no ya en provisiones de las necesidades locales de la población, sino en materias primas de exportación. La agricultura deviene «industria de extracción», cuyos materiales se benefician en el extranjero. Y, cosa grave en verdad, la agricultura en manos de los imperialistas económicos favorece la *unitencia* de la tierra. Se observa una cierta regresión al feudalismo. Ahora se nota el acaparamiento, por parte de las grandes compañías industrio-agrícolas, de ranchos, haciendas y plantaciones. El sindicato agrícola y el potentado capitalista pueden más que Emiliano Zapata. El agrarista mexicano divide y subdivide la tierra en pequeñas parcelas; el magnate capitalista compra las parcelas en dólares sonantes y contantes del cuño corriente en el Imperio. El propietario en pequeño desaparece a medida que aumentan las propiedades de los monopolios agrarios. Hé aquí, pues, que se rompe la actitud psicológica del que tiene tierra en pequeño—actitud patriótica—y se fortifica la de gran terrateniente, la de la corporación latifundista *anacional* y anónima.

Y hay más. En sus otros aspectos, el Imperialismo Económico es tan formidable como en los agrícolas. La película hablada—como antes la silenciosa,—el automóvil Ford, el correo aéreo, todos estos son factores que afianzan al Imperio Económico y que extienden sus fronteras. Pero no se sigue que el Imperialismo sea yanqui, es económico; los principales banqueros de Wall Street son israelitas; el presidente de la compañía de correo aéreo más grande en Nueva York es un alemán. Los centros del poderío económico están en Nueva York por accidente; bien pudieran estar—y quizá mañana lo estén—en Hong Tong o Timbactú.

Y bien, ¿cuáles son los aspectos positivos del Imperio Económico que controla al mundo nuestro en la hora presente? El acaparamiento de la tierra parece ser cosa poco deseable, ya que convierte al agricultor en pequeño, en simple siervo de anónimo señor feudal; pero, aún aquí se notan aspectos positivos. En primer lugar, el Imperialismo Económico es bueno en cuanto tiende a destruir la idea nacionalista que tantas y tantas guerras ha producido a través de los siglos. El Imperialismo borra las fronteras a la vez que las conserva. Esto no es paradoja, es hecho consumado. En cuanto a forma, no atropella las soberanías nacionales; las infanterías de marina estadounidenses están de guarnición en Nicaragua a petición expresa de liberales y conservadores; la misión Dawes fiscaliza los dineros de Santo Domingo a invitación hecha por el gobierno constitucional y soberano de la isla, *et sic de caeteris.* Y así, los imperialistas como que son agencia para bien, ya que con sus actividades comerciales destruyen fronteras artificiales, ayudan a la unificación de la humanidad, de la amalgama, si se quiere, de pueblos que siendo vecinos, se han odiado mutuamente en el pasado. Petrolíficamente hablando, no hay griego ni escita; hay un común denominador que abarca a México y a Venezuela, a Texas y a Rusia, a Siberia y a Mesopotamia.

En segundo lugar, el Imperialismo Económico es fuerza constructiva en el progreso de la especie humana aun en sus aspectos crudamente capitalistas. La creación de grandes capitales ya se traduce en hechos buenos para la masa anónima del mundo entero. Los Cresos del siglo veinte, no teniendo otra cosa que hacer con su dinero, lo distribuyen a manos llenas, científicamente; lo ponen a trabajar para beneficio de la humanidad. Ahí están los millones de Rockefeller, tintos aún—es verdad—con la sangre de los huelguistas asesinados por las milicias del estado de Colorado en defensa de los intereses del rey de la hulla. Empero, en el siglo veinte, esos dineros arman a un japonés, Hideyo Noguchi, para que descubra y extermine el bacilo de la fiebre amarilla, y a un judío, Joseph Goldberger, para que combata la pelagra. Y los dineros del prócer Guggenheim se usan en traer estudiantes de Hispano América a las universidades norteñas. Y la Cruz Roja se sostiene con fondos que son producto de las actividades económico-imperialistas, predatorias si se quiere de los capitanes de la industia moderna.

En tercer lugar, el Imperialismo Económico está bien en sus aspectos capitalistas en cuanto favorece el progreso de la ciencia aplicada que se traduce en bienestar de la colectividad. En Norteamérica, el más ínfimo labriego va y viene a su trabajo en automóvil. A cada «esclavo» le es dado estar contento, tener techo y pan—excepto cuando hay orgía de millones en Wall Street, como en octubre pasado—radio, boleto para el cine, escuela para sus hijos, etc. Aun en tiempos de hambre, los sin trabajo que hacen cola en espera de un certificado que les dé una comida, reciben con él... un paquete de cigarrillos. Y luego, el sistema industrial ha hecho a la humanidad la contribución máxima—a nuestro ver—de toda la historia; el inodoro moderno. Dentro de mil años, cuando se haga balance de nuestra actuación sobre el planeta, sobrará quien sostenga que en «forma de eternidad», que dijera Spinoza, un *water-closet* vale más que muchos de los sistemas políticos tan en boga de experimentación actualmente.

James Bergson

Nueva York, abril de 1930.

Estampas

El naciente imperio del aire
Un vasallaje más

(Envío del autor)

Sobre la playa dejó alguien un sobre transportado de los Estados Unidos. Los sellos de correo que hicieron el prodigio del transporte rápido llevan impresa una esfera a la cual dan impulso dos alas desplegadas anchurosamente. Es el símbolo del nuevo dominio. Sobre las rutas aéreas de todos los países de América ha irrumpido la cetrería del Norte. Ninguno parece estar a salvo de la conquista organizada.

Pensamos en nuestro país y vemos en el dominio del aire una limitación más a nuestra soberanía. Es una limitación poderosa, de las que cierran un horizonte y realican una esclavitud. El servicio postal que hoy nos ofrece el imperialismo por medio del tentáculo que se llama Pan-America Airways Co., es apenas la píldora confitada. Después las factorías del Norte se vaciarán sobre nuestras aduanas y entonces el territorio completo formará un solo campo de aterrizaje para servicio exclusivo de las naves que ese imperialismo controla. ¿Qué competencia podrá venir, si cuanto constituye ventajas en la nayegación aérea ya ha sido reducido a la posesión de la Pan-American Airways Co.? Este poder trabaja con un plan perfecto de vasallaje. Nosotros, que todas las cosas, grandes y mínimas, las tratamos desordenadamente y sin ninguna relación con el porvenir, vemos en la expansión de esa compañía aérea un espíritu de aventura. Si en las llanadas de Guanacaste cerca y nivela su campo; si en las selvas de Golfo Dulce descuaja y limpia, no lo hace porque conozca el espacio y haya encontrado que en esas regiones debe morir una ruta aérea, sino porque quiere prestarnos servicio eficiente, darnos progreso, civilizarnos. Asistimos al nacimiento de un gran poder y nuestra falta de visión nos hace ver nada más que el desenvolvimiento usual en toda empresa generosa. Le damos alcances limitados al enorme vasallaje organizado en el Norte exclusivamente para dominarnos.

Y cuando la reflexión nos trae mayor pesar es cuanto contemplamos la indiferencia con que el país deja pasar esa cadena. ¿En donde están los espíritus atentos que quieran darse cuenta de que dentro de breves años empezaremos a sentir la opresión del naciente imperio del aire? Lo único que salta por muchos rumbos es la voz que pide libertad absoluta para esas expansiones. Para los turiferarios del vasallaje extranjero todo aquel que pida siquiera una elevación de dos pies sobre la tierra dura sobre la cual examinar las concesiones pedidas por ese vasallaje, incurre en el pecado grave de querer cerrar el país al influjo del progreso y de la civilización. Dan al capital organizado designios que no entraron nunca en sus impulsos de conquista. Para esos turiferarios hay que ser absolutamente abierto como única forma de que la prosperidad nos llegue. Y los que no piensen así o son unos idealistas rezagados, o no saben nada de la administración de un país.

Desgraciadamente el turiferario de la prosperidad económica regada por el capital extranjero cunde por el país. Como es muy sencillo desorientar la conciencia de un pueblo sin cultura, sin grandes preocupaciones de orden espiritual, ese turiferario logra implantar su ideología y crear una corriente de indiferencia, cuando no de repudio, por los que piden visión y austeridad en el trato de los grandes intereses de la Patria. El mercader, el prestamista, el finquero, el cura son las voces que para el turiferario deben escucharse al tratar de resolver negocios de vital importancia. Ese sector humano es el que está en contacto realmente con las necesidades de un país y puede dar normas para dirigirse. Se comprende en seguida que el turiferario al exaltar esas mentes de tan tremendas limitaciones, sigue un plan calculado y perverso. Mientras pueda corear con estaturas que no busquen sobresalir ni milímetros siquiera, la farándula progresará y el capital de afuera a que él sirve, se adueñará de la concesión que le dé tierras, o aguas o ríos hoy, mañana Educación, Economía, Fomento.

El turiferario ve en el hombre de estudio un enemigo invencible contra la expansión del capital colonizador a que él sirve. Por eso lo combate ladeándose hacia el tipo de hombre mínimo, ignorantón, apegado a la prosperidad del momento. Adula a ese tipo de ciudadano y como en un país es la legión, asegura con él la entrega de todos los recursos económicos y espirituales de una nación.

Pero si el instinto es la pasión de que se vale el turiferario para servir a los intereses de la dominación extranjera, no por eso debemos mirar con desdén las mentes que luchan por poner freno a esa dominación que parece incontenible. El imperialismo es sordo a muchas amenazas, pero ésta de los hombres fuertes de un país no puede mirarla sin conmocionarse. El turiferario se reirá de la oposición que el hombre de estudio, que el idealista, si se quiere, hace al imperialismo, pero el imperialismo teme. Por eso en los grandes sucesos que conmueven al país es necesario que se oiga la voz de sus almas fuertes. No hay que desanimarse ante lo desigual de la lucha. Del otro lado vocea y grita el instinto y produce un enorme vacío que atrae y

---

¿Cuántos de nuestros lectores, admiradores y amigos de Blasco Ibáñez, querrían acoger con nosotros esta invitación?

Menton, le 12 Mai 1930.

Monsieur le Directeur du
Repertorio Americano,
Costa Rica.

Monsieur:

La Section de Menton de la *Ligue des Droits de l'Homme* voulant rendre hommage au grand Republicain Espagnol Vicente Blasco Ibáñez qui se refugia, lutta, et mourut a Menton, a decidé d'ouvrir une vaste suscription publique dont le produit servirait a ériger un monument qui perpetuerait la gloire de l'Illustre Republicain Espagnol.

Nous voudrions que ce monument, élevé sur une plaçe publique de Menton, soit le resultat de toutes les sympathies dont le maître jouissait dans tout l'univers. Nous vous demandons votre concours, celui de vos lecteurs vous priant de constituer un comité qui centraliserait les dons et temoignages de toutes sortes qu'il pourrait recueillir dans votre pays.

Nous agissons en plein accord avec Madame V. Blasco Ibáñez.

Nous vous prions Monsieur le Directeur de vouloir bien agreer nos salutations les plus empresées.

T. Laurent,
President

Adresse: Laurent Théophile. Villa Laurenti. Menton. Garavan A. M. France.

El *Rep. Am.* se adhiere con.................... ₡ 10.00
¿Otra adhesión?.............................. ??

consume. Mas la fortaleza de los que claman por la salvación de los intereses trascendentales de la patria debe conocer ese abismo y saltar por sobre él majestuosamente. Es la única forma de acumular armas para cuando decline la voracidad de ese imperialismo. Si todos nos entregamos, los unos por desgraciados, los otros por cansancio, no le quedará a la patria ningún sedimento para fecundar en lo futuro generaciones fuertes y visionarias.

Y es a las almas grandes a las que tenemos que escuchar porque es a ellas a quienes las fuerzas satánicas temen. A la honradez innata no la vence el capital conquistador. Lo vemos en la lucha que se libra contra el imperio de la electricidad. ¿Quienes mantienen detenido ese vasallaje? Sus hombres fuertes. El poder que esos hombres han desafiado es tremendo, pero todos los recursos para vencer que ese poder reserve contra tales hombres, fracasará, porque la probidad no puede arrollarse como una basura. Y a estas virtudes las teme el capital colonizador. Son la barrera mayor que se opone a su expansión.

Hagamos entonces que en el país se multipliquen las almas grandes. Son la única fuerza que ha de oponerse al turiferario del capital organizado afuera para la conquista de nuestros recursos económicos y espirituales. Y las que ahora luchan no deben desanimarse. Hay algo de yermo en torno de ellas, pero si flaquean por una consideración natural de que nada puede salvarse, el mal será después irreparable. Volvamos la reflexión a lo que hicieron nuestros grandes hombres del pasado. Su ejemplo debe fortalecernos. Mucho dejaron que es perdurable en la lucha por nuestra libertad. Volvamos a ellos y en esta hora en que el país parece entregado a los cantos satánicos del turiferario, desentrañemos las enseñanzas que ellos nos dieron en sus luchas tenaces y visionarias. Pero no nos desanimemos. Si una batalla parece perderse, busquémosle sentido a la derrota y armemos espíritus para el futuro. Prediquemos fortaleza. Digamos que una patria es cosa que no muere y sustentemos fuertemente sus almas.

Juan del Camino

Limón y julio de 1930.

Algo más sobre Carlos Pezoa Velis

= *Envío del autor* =

Hace hoy diez años publiqué yo en algunas revistas de América un ensayo sobre el poeta chileno Carlos Pezoa Velis. Empezaba mi artículo de esta manera: "Al hablar sobre C. P. V. y al afirmar que él es un gran poeta" y afirmaba en el curso del mismo y rotundamente la chilenidad del autor de *Pancho y Tomás*. Este ensayo fue declarado por los que de estas cosas entienden satisfactorio para explicar y para situar la personalidad de Pezoa.

Con fecha 27 de abril de 1930 publica *El Mercurio* un artículo intitulado *Carlos Pezoa Velis*, poeta de Chile que comienza así: "Aunque contradigamos a nuestro buen compañero y amigo Arturo Torres Rioseco, no creemos que el mérito esencial de Carlos Pezoa Velis haya sido el de abrir el camino a él y a Gabriela Mistral para que dijeran su canto. Habrá que considerar esta opinión como un rasgo más de la megalomanía delirante y frenética de nuestro camarada". Seguidamente el articulista agrega: "Yo lamento que en torno a figura tan llena, en todo sentido, de sugerencias, no se haya querido decir todavía una palabra de verdad y de justicia". Y más adelante: "C. P. V., poeta de Chile, espera todavía que entre los intelectuales de su patria haya uno siquiera que comprendiéndole, quiera hacerle justicia". Por lo que se refiere a estas dos afirmaciones últimas debo decir que el articulista ha olvidado por completo el contenido de mi artículo que no era sino un grito de justicia para la labor de un poeta injustamente olvidado. En cuanto a la primera al agradecer cordialmente el ditirambo debemos confesar que no nos explicamos eso de "nuestro amigo y camarada".

He dicho que mi artículo sobre Pezoa fue escrito hace diez años. Hoy, debido a la ley natural de la evolución intelectual, mi entusiasmo por el autor de *El organillo* ha disminuido notablemente. No creo con el señor Roberto Meza Fuentes que Pezoa sea un poeta "enorme" y atribuyo el adjetivo al énfasis muy americano del periodista chileno. Porque al calificar de "enorme" a Pezoa ¿qué adjetivos podríamos aplicar a Dante, Goethe, Shelley, por ejemplo? Los escritores provincianos suelen abusar de los adjetivos así como los niños que quieren comprar todo un bazar con la



Carlos Pezóa Veliz

Apunte del natural, por *Chao*.

primera moneda de diez centavos que recibieron un domingo.

Corolario: Ni Gabriela Mistral ni yo pretendemos *hoy* seguir las huellas de Pezoa aunque su independencia artística nos haya guiado en un principio.

Y para terminar debemos decir que Pezoa no era tan popular como cree el señor Meza (las diferencias que hace entre vulgar y popular las ha copiado Meza Fuentes de un ensayo de Pedro Henríquez Ureña publicado recientemente en Buenos Aires) pues siguió muy de cerca, pero tan de cerca, que a veces parece plagio, a algunos poetas europeos. Comparemos:

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso...

PEZOA

NEVICATA

Sui campi e sulle strade
Silenziosa e lieve,
Volteggiando, la neve
Cade.

Danza la falda bianca
Ne l'ampio ciel scherzosa,
Poi sul terren si posa
Stanca.

In mille immote forme
Sui tetti e sui camini,
Sui cippi e nei giardini
Dorme.

Tutto dintorno é pace:
Chiuso in oblio profondo,
Indifferente il mondo
Tace...

Ma ne la calma immensa
Torna ai ricordi il core,
E ad un sopito amore
Pensa...

ADA NEGRI

(En el libro *Fatalitá*, publicado en 1892).

Algún día, si tenemos tiempo y si no nos molesta demasiado la ingratitud de ciertos compatriotas, dedicaremos capítulo especial a las influencias de los poetas simbolistas de Francia sobre Pezoa. Por el momento, aconsejo al señor Roberto Meza lea el libro *Poesías y Prosas completas de Carlos Pezoa Velis*, Nascimento, Santiago de Chile, 1927, escrito por don Armando Donoso, el chileno más culto de la generación actual. En ese libro aunque no se le llame "enorme" se hace plena justicia al cantor de *Alma Chilena*.

Arturo Torres Rioseco

San Francisco, California, 1930.

El Conde Herman Keyserling...

(Viene de la primera página.)

admirable. La espiritualidad del norteamericano, por consiguiente, es algo que está por hacer. El tipo norteamericano es el tipo del nómada, y corresponde al del bárbaro que siglos atrás invadiera Europa. No importa que ahora la invasión se haga en automóviles y cruceros. Paralelo a este fenómeno de desarraigamiento, se presenta en el sur de los Estados Unidos, el fenómeno contrario: el negro arraigado en la tierra, sucediendo, según la teoría keyserliana, que por esta razón última ha sido el negro el que ha dado a los Estados Unidos un sentimiento artístico y personal de la vida. De los dos elementos que forman este gran país (el negro y el blanco), es el primero el que ha dado los elementos «emotivos» que al blanco le hacían falta. Y por eso veo, sigue el autor de tantos y tan leídos admirables libros, el alma norteamericana como un globo blanco, vacío por dentro, es decir sin alma, en el que penetra, como una bocanada de humo, el alma del negro—su música y sus bailes—, para darle existencia espiritual. Todas las irradiaciones del alma yanqui parten del alma negra, único elemento que en dicho pueblo se fijó a la tierra. Por esta razón no corre el mundo el peligro de *norteamericanizarse*. Un país que carece de alma no puede imponer su sello en nada, y su dominio, por consiguiente, es pasajero.

Frente al fenómeno que presentan los Estados Unidos, examinó el fenómeno que presentan los países sudamericanos, entendiendo por tales de México al Brasil. En estos pueblos el hombre está profunda y plenamente arraigado a la tierra, arraigo que le permite una concepción espiritual de la vida que dista mucho de la del norteamericano. Aquí encontramos que existen los elementos afectivos en el alma de los hombres y las mujeres, que la familia está realmente constituida, y que lo emocional tiene un radio inmedible. La tierra ha creado en la personalidad humana un concepto trascendental — hacia adentro — del mundo, que no podrán comprender nunca los que viven divorciados de ella. Con todo lujo de detalles Keyserling hace a continuación una pintura de la espléndida naturaleza de los países sud-americanos. En ella encuentra la última razón de la manera de ser del sudamericano. «Son frondosos, dice, y antimetafísicos, es decir, arreligiosos». En estos países la tierra es de tal manera exhuberante,—y aquí está el *pero*—que el hombre no ha podido, no ha tenido tiempo de dominarla, y menos de anularla como en Norteamérica. Es en estos sitios donde el hombre subordinado a la tierra ha caído en una especie de abandono, hasta hacerse indiferente, de ésos que creen y se persignan «por aquello de las dudas», de las «cochinas» dudas, como diría un cubano. Hay para Keyserling en Sudamérica una palabra que traduce fielmente el espíritu del hombre de estos pueblos, cohibido en sus acciones por esa fuerza secreta de la tierra que lo domina, que no lo deja actuar. «El hombre, allí, dice, es taimado». «Taimado», quiere decir, y no tiene traducción a ningún otro idioma: hombre que es respetado, y de ésta clase son todos los caudillos, no por lo que hace, sino por lo que puede y deja de hacer.

Con relación a la tierra tenemos las dos mitades de América, digamoslo así, una frente a otra, en actitudes espirituales diferentísimas, opuestas: el norteamericano, sin existencia espiritual, desarraigado de la tierra: y el sudamericano, anulado por la exhuberancia de este elemento vital. Una civilización mecánica al norte, una civilización moralista y pragmatista, que parte de la verdad primaria de que la tierra existe, y en la cual el hombre no se siente hijo de ella, sino amo, señor, dominador. El norteamericano explota la tierra sin escrúpulos, año tras año, en un sentido progresivo que carece de sentido humano porque en él desaparecen las condiciones del alma y el corazón, sin las cuales no puede decirse que país alguno tenga auténtica vitalidad. Y al sur, en Sudamérica, una civilización que tiene por sus relaciones con la tierra, alma y corazón, y conceptos de moral y de arte que le dan vitalidad espiritual y hacen posible que renazca en ella una humanidad futura. El renacimiento de la cultura humana debemos esperarlo de Sudamérica, cuando Europa, y todas las razas y todos los hombres, venga a equilibrar en Sudamérica los valores de tierra e individuo, que hasta ahora no están equilibrados, pues, como hemos visto, es la tierra la que predomina sobre el hombre, la tierra espléndida, maternal y gloriosa, que más que el concepto de raza es el eje alrededor del cual han girado y giran todas las culturas de nuestro globo.

Eran las nueve y media de la noche cuando el Conde de Keyserling, con la mejor de sus sonrisas, abandonó la tribuna desde la cual nos había llenado de esperanzas el corazón.

Miguel Angel Asturias

Madrid, 1930.

Una defensa del Imperialismo...

(Viene de la Pág. 59).

estaban íntegramente en manos de los criollos. En veinte años también, el imperialismo, podría adueñarse de la totalidad de la industria cafetera colombiana, que es hoy nacional. Se dirá que el dinero con que fueren pagados los cafetales quedaría en el país y crearía nuevas industrias. Desgraciadamente no es así. Aquí, como en Cuba, como en Bolivia, como en Puerto Rico, en ese mismo lapso los antiguos propietarios se darán trazas de evaporar el capital que recibieron, y entraría a formar parte de una clase media menesterosa y burocrática.

Contra el imperialismo económico no hay otras armas que oponer que la de la organización ordenada y científica del trabajo nacional. El nacionalismo hirsuto, es contraproducente. Paz, administraciones hábiles, inversión acertada de las rentas públicas, política de excepcional prudencia en la contratación de empréstitos, y defensa celosa de las industrias nacionales. De otro modo caeremos fatalmente en ese paraíso artificial que nos pinta el profesor Bergson, y en el cual el imperialismo nos obsequia todas las delicias. Ese imperialismo que ha hecho, según el mismo profesor, a la humanidad el regalo incomparable del inodoro, «que vale mucho más que los sistemas políticos» gratos a nuestros pueblos. Un *W. C.* debería ser, entonces, el símbolo del imperialismo tan elocuentemente definido por el profesor de Yale.

Bibliografía titular

Los libros de la semana

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

De nuestro amigo Rafael Alberto Arrieta, Rector del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, nos llegan, reunidas en un tomo, las *Conferencias* del primer ciclo (1929) de extensión cultural del citado plantel. Es el vol. I de la Biblioteca del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. La Plata, 1930.

Promete un segundo tomo el ilustre Rector y añade: «Nuestro plan es modesto; prudente el optimismo que nos alienta. Pensamos que un día no lejano podremos editar obras didácticas de nuestros profesores y conjuntos de trabajos monográficos de nuestros alumnos más distinguidos».

Del Indice: *Música popular de América*, por Pedro Henriquez Ureña.

———

Se edita en Barcelona una colección: Los Grandes Hombres, en la que acaba de aparecer *Rubén Darío. La vida. La obra. Notas Críticas.* Por Guillermo Días Plaja, de *La Gaceta Literaria.* Con once artísticas ilustraciones. Nos parece que es de lo más serio y completo que se ha escrito acerca del gran lírico.

———

De la Federación Nacional de Estudiantes, Bogotá:

III Congreso Nacional de Estudiantes: Colombia. Edit. Minerva. Bogotá.

En esta obra se da cuenta de los trabajos realizados en el Tercer Congreso de Estudiantes reunido en Ibagué en 1928.

El número 30 de *Amauta*, Lima, Abril y Mayo de 1930, es un noble tributo a la memoria de José Carlos Mariátegui.

———

Señalemos:

Monterrey. Correo Leterario de Alfonso Reyes. Núm. 1. Río de Janeiro. Junio de 1930.

Nos encanta esta nueva hoja literaria, que con tanto cariño y aprecio nos recuerda. Es Alfonso Reyes en persona quien llega a vernos, con su pulcritud y elegancia, su educación y buen gusto, su lealtad generosa. Le damos la mano de amigo, que también lo quiere y aprecia mucho.

El *Propósito* de este nuevo pliego lo sacaremos en breve; revisa y realiza. No hay alardes.

———

De los autores:

Fausto Soto (del Liceo Amunátegui, Santiago de Chile):

El Alba frágil. (Diario de adolescencia).

Justo G. Dessein Merlo (Cerrito 388. Buenos Aires, República Argentina):

Alcór. Poemas. «El Ateneo», Buenos Aires, 1930.

Enrique Amorim (Callao 433. Buenos Aires, República Argentina):

Visitas al Cielo. M. Gleizer, editor. Buenos Aires, 1930.

Dice el epígrafe: *Y, que nos sirva la poesía, para escapar de este mundo y visitar el cielo.*

Victor de Valdivia: *El Imperio Iberoamericano.* EDITORIAL HISPANOAMERICANA. París, 1929.

Sumario: Ibero-América y la civilización. Independencia versus Monroismo. La ineficacia del factor educacional para nuestro rápido engrandecimiento. El problema del injerto étnico. La Unión Aduanera y Monetaria de la América Latina. La lucha por el Dominio del Pacífico.

Dedicatoria.

A la juventud Ibero-americana:

Preservemos nuestra inmensa heredad y unamos el Imperio desunido. Que la Nueva Tierra Prometida labre por sí sola su senda en el mundo. Que la raza hispana siga siendo lo que siempre ha sido.

Comentario de Grabriela Mistral:

Su libro me pareció de una fuerte originalidad, lleno de atisbos que nadie había tenido y de un estilo viril muy chileno. A mí me llenó de alegría—créamelo—el ver que nos nace en Ud. un hispano-americanista de fuste, en la línea de Blanco-Fombona: rotundo, seco y convincente.

Julia García Games: *Como los he visto yo.* Prólogo del Dr. Manuel María Oliver. NASCIMENTO. Santiago de Chile, 1930.

Tengámosla, esta obra, como contribución para el estudio de la literatura chilena moderna.

Autores tratados:

Samuel Lillo, Julio Vicuña Cifuentes, Carlos Préndez Saldías, Jerónimo Lagos Lisboa, Pedro Sienna, Daniel de la Vega, Augusto Iglesias, Olga Acevedo, Aída Moreno Lagos, Roberto Meza Fuentes, Jenaro Prieto Letelier, Joaquín Edwards Bello, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Mariano Latorre, Alberto Romero, Januario Espinosa, Marta Brunet, Rafael Maluenda, Ernesto Silva Román, Armando Moock, Antonio Acevedo Hernández, Nathanael Yáñez Silva, Enrique Molina, Emilio Vaïse, (Omer Emeth), Amanda Labarca Hubertson, Angel Custodio Espejo, Nelly Merino Carvallo, Roxane.

Hugo D. Barbagelata: *Artigas y la Revolución Americana.* Prólogo de José Enrique Rodó. Segunda edición corregida y aumentada. EDITIONS EXCELSIOR. París, 1930.

Comentario de Francisco García Calderón:

«Su libro es excelente, el mejor de los suyos, por lo que veo, con un plan casi geométrico, con posesión casi envidiable del asunto. Es Ud. historiador por vocación profunda e indiscutible, ni erudito ni retórico ni menos cronista estrechado por el horizonte local».

Simón Latino. (Bogotá, Colombia):

Canciones Humildes. Versos pasados de moda. 1930.

Del libro *Canciones Humildes* se imprimen solamente 100 ejemplares. Uno de lujo.

Dedicatoria: *A Mayo, vaso de dulzura.*

Del Dr. Juan B. Terán (Akina 67. Tucumán, República Argentina):

Lo gótico, signo de Europa. (Libro de viaje). Buenos Aires. Cabaut y Cía., editores.

Indice:

Introducción. El Turista. El tribuno de Roma. Un diálogo en el Foro. Del Ghetto a Villa Borghese. Adriano de Castillo. San Pedro, Westminster, Amiens. Entre el Sena y el Somme. En la plaza de la Concordia. El fin del mundo y la *Decadencia de Occidente.* La paradoja de Francia. Por huellas de santos. Un americano en Berlín. El pueblo en las Iglesias. Una corrida de toros. En frente del mar. Hacia el estoicismo. Una «Escuela única». El parapeto. Una lección de política. 16 Rue Chaptil. La lección de una estatua. El signo de Europa.

Montiel Ballesteros. (Las Piedras, Uruguay):

Castigo'e Dios, Novela. Montevideo, 1930.

En estos días bolivarianos, se inicia el ARCHIVO DIPLOMÁTICO PERUANO. El tomo I:

El Congreso de Panamá (1826). Recopilación y prólogo por Raúl Porras Barrenechea. Lima. 1930.

Interesa:

Olmedo Alfaro: *El Canal de Panamá en las guerras futuras.* Segunda edición aumentada. Guayaquil. 1930.

De los editores:

Jean Paul Echagüe *Paroles argentines.* Ediciones *Le Livre Libre.* París. 1930.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas).

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C°.) San José, Costa Rica

Tablero

=1930=

Errata.—En el artículo *De Comenius a Bakulé,* entrega pasada, página 38, columna primera, renglón 18 (de abajo hacia arriba), dice: «la educación del estudio». Léase: *la educación del estado.*

Referencias

A propósito de Kierkegaard:

Sus obras más famosas: *O lo uno o lo otro. Estadios en el camino de la vida, La repetición,* son verdaderos «ensayos de psicología experimental».—*Cita de* **Harald Hoffding.**

...la admirable obra de D. Ramón Menendez Pidal, *La España del Cid.* Como se vuelve a contemplar un paisaje que se ha visto ya y que se quiere volver a ver, así tornamos a leer este libro maravilloso del gran erudito y artista. Nos entristece tener que cerrar el libro y pasar a otra cosa; no nos decidimos a hacerlo; lo hacemos porque no tenemos más remedio; pero algunos días después tornamos a repasar unas cuantas páginas de la obra.—*Cita de* **Azorín.**

San Felipe Neri o el humor místico. San Felipe Neri era el santo preferido por Goethe. ...Era San Felipe un hombre jovial; tenía donosos e impensados repentes; hacía de pronto esas cosas extravagantes que sólo hacen los locos y los niños...; pero ya en España teníamos un librito en que se trata el tema del humor místico de un modo delicioso y magistral. Aparte de que también, en 1781, y en la imprenta de la *Gaceta,* se publicó un tomo de los *Dichos, recuerdos y documentos morales y espirituales de* San Felipe Neri.

El libro a que antes aludíamos es el conocido *Gracias de la gracia,* del racionero José Boneta. Se han hecho muchas ediciones de este libro, que se publicó por primera vez en 1706. El título completo es el siguiente: *Gracias de la gracia;* saladas agudezas de los santos; insinuación de algunas de sus virtudes; ejemplos de la virtud de la eutrapelia. ¡Lástima que no haya una editorial que nos dé una edición moderna, limpia y elegante de este libro, escrito con tanto primor y que contiene tan sana y noble doctrina! Doctrina para todos: para santos y para no santos. Doctrina que se resume en tener siempre ante la adversidad un rostro placentero, sereno, y unas palabras sosegadas. Los santos nos enseñan, entre otras cosas, la moderada y fina alegría. *Cita de* **Azorín.**

Etimologías

Justino.—Y de la etimología de *abrojo,* derivado de abre ojo, ¿qué nos dices, amigo Pulgar?

Luciano.—En la vida del venerable Alonso Bermejo, escrita por don Agustín Solórzano, encuentro en la página 89 el refrán: «Pisa abrojos y abrirás los ojos», que me parece ilustra bastante la cuestión; pero sea como sea, este origen se me hace más natural que aquel que propone el diccionario oficial cuando dice que *abrojo* viene de *oculos aperire.* latinajo que talvez está muy traído de los cabellos.—*Cita de* **Marco Fidel Suárez**

...,republicano en el sentido que los antiguos daban a este vocablo para significar al ciudadano animado de espíritu público...—*Cita de* **Marco Fidel Suárez.**